

De un rasguño, al peligro de gangrena

León Trotsky

24 de enero de 1940

(Tomado de *En defensa del marxismo*, páginas 85-120 del formato pdf, en nuestra serie [Obras Escogidas de León Trotsky en español \(OELT-EIS\)](#) (Libros, folletos, panfletos, recopilaciones y otros materiales.)

<i>“Precedentes”</i>	3
<i>El bloque filosófico contra el marxismo</i>	10
<i>Lo abstracto y lo concreto. Economía y política</i>	12
<i>Shachtman hace un bloque... también con Lenin</i>	14
<i>“Economía concentrada”</i>	17
<i>Comparación con guerras burguesas</i>	17
<i>Derrotismo coyuntural o el huevo de Colón</i>	18
<i>Renuncia al criterio de clase</i>	21
<i>Una vez más: Polonia</i>	21
<i>Una vez más: Finlandia</i>	24
<i>La teoría de los “bloques”</i>	27
<i>Las fracciones en lucha</i>	30
<i>¡Es hora de detenerse!</i>	34

La discusión se desarrolla de acuerdo con su propia lógica interna. Cada campo, conforma a su carácter social y su fisonomía política, trata de golpear en aquellos puntos en que su rival es más débil y vulnerable. Eso es precisamente lo que determina el curso de la discusión, y no los planes *a priori* de los líderes de la oposición. Es tardío y estéril lamentar ahora el estallido de la discusión. Sólo es necesario vigilar atentamente el papel jugado por los provocadores estalinistas, que indiscutiblemente hay en el partido y que tienen órdenes de envenenar la atmósfera de la discusión y dirigir la lucha ideológica hacia la escisión. No es tan difícil reconocer a estos caballeros; su celo es excesivo y, por supuesto, artificial; reemplazan las ideas y los argumentos con chismes y calumnias. Hay que descubrirlos y expulsarlos mediante los esfuerzos conjuntos de ambas fracciones. Pero la lucha principal debe ser llevada hasta el fin, es decir, hasta una seria clarificación de las cuestiones más importantes que han sido planteadas. Es necesario aprovechar así la discusión para que eleve el nivel teórico del partido.

Una considerable proporción de los miembros de la sección americana, así como toda nuestra joven internacional, vino a nosotros de la Internacional Comunista en su período de decadencia o de la Segunda Internacional. Estas son malas secuelas. La discusión ha revelado que amplios círculos del partido carecen de una firme educación teórica. Baste referirnos, por ejemplo, a la circunstancia de que la sección de New York del partido no respondió con un vigoroso reflejo defensivo a los intentos de una frívola revisión del programa y de la doctrina marxista, sino que, por el contrario, dio apoyo en su mayoría a los revisionistas. Esto es lamentable, aunque remediable en la medida en

que nuestra sección americana y toda la internacional están integradas por individuos honestos que buscan sinceramente su camino hacia la vía revolucionaria. Ellos tienen deseo y voluntad de aprender. Pero no hay tiempo que perder. Es precisamente la penetración del partido en los sindicatos y en los medios obreros, en general, lo que exige la elevación de la calidad teórica de nuestros cuadros. Al decir cuadros no me refiero al “aparato”, sino al partido en su conjunto. Todo miembro del partido debe considerarse un oficial del ejército proletario.

“¿Desde cuándo os habéis vuelto especialistas en la cuestión de la filosofía?”, preguntan ahora, irónicamente, los opositoristas a los representantes de la mayoría. La ironía está aquí completamente fuera de lugar. El socialismo científico es la expresión consciente del proceso histórico inconsciente, es decir, de la tendencia elemental e instintiva del proletariado a reconstruir la sociedad sobre principios comunistas. Estas tendencias orgánicas de la psicología de los obreros saltan hoy a la vida con suma rapidez, en la época de crisis y de guerras. La discusión ha revelado detrás de todo problema un conflicto en el partido entre una tendencia pequeñoburguesa y una tendencia proletaria. La tendencia pequeñoburguesa revela su confusión en su esfuerzo por reducir el programa del partido a la moneda de las cuestiones “concretas”. La tendencia proletaria, por el contrario, procura correlacionar todas las cuestiones parciales en una unidad teórica. Lo que está comprometido actualmente no es la medida en que los miembros individuales de la mayoría aplican conscientemente el método dialéctico. Lo importante es el hecho de que la mayoría en su conjunto se orienta hacia el planteamiento proletario de los problemas, y precisamente por eso tiende a asimilar la dialéctica, que es el “álgebra de la revolución”. Los opositoristas (según se me informa) reciben con estallidos de risa la simple mención de la “dialéctica”. En vano. Este método sin valor no ayudará. La dialéctica del proceso histórico más de una vez ha castigado cruelmente a quienes trataron de mofarse de ella.

El último artículo del camarada Shachtman, “Carta abierta a León Trotsky”¹, es un síntoma alarmante. Revela que Shachtman renuncia a aprender de la discusión y que, en su lugar, persiste en ahondar sus errores, explotando para ello no solamente el inadecuado nivel teórico del partido, sino también los prejuicios específicos de su ala pequeñoburguesa. Todo el mundo conoce la facilidad con que Shachtman consigue reunir diversos episodios históricos alrededor de uno u otro eje. Esta capacidad hace de Shachtman un periodista de talento. Desgraciadamente, esto por sí mismo no basta. La cuestión fundamental es qué eje elegir. Shachtman siempre está absorbido por el reflejo de la política en la literatura y en la prensa. No le interesa el verdadero proceso de la lucha de clases, la vida de las masas, la interrelación entre las diferentes capas dentro de la clase obrera, etc. He leído no pocos excelentes y hasta brillantes artículos de Shachtman, pero no he visto nunca ni un solo comentario suyo que bucee realmente en la vida de la clase obrera americana o de su vanguardia.

Es necesario hacer una atenuación a este punto: aquí no está representado solamente el defecto personal de Shachtman, sino que es el destino de toda una generación revolucionaria que, debido a una especial coyuntura de condiciones históricas, creció al margen del movimiento obrero. Tuve ocasión de hablar y escribir más de una vez, en el pasado, sobre el peligro de que degenerasen estos valiosos elementos *a pesar* de su dedicación a la revolución. Lo que en su día fue una inevitable característica de la adolescencia, se ha transformado en debilidad. La debilidad invita a la enfermedad. Si se descuida la enfermedad puede ser fatal. Para escapar a este peligro es necesario abrir conscientemente un nuevo capítulo en el desarrollo del partido. Los propagandistas y

¹ *New International*, enero de 1939. EDI.

periodistas de la Cuarta Internacional deben comenzar un nuevo capítulo de su propia conciencia. Es necesario rearmarse. Es necesario hacer una rotación sobre el propio eje: volver la espalda a los intelectuales pequeñoburgueses, y mirar hacia los obreros.

Sería difícil concebir un error más peligroso para el partido que considerar como la causa de su crisis actual el conservadurismo de su sector obrero; buscar una solución a la crisis a través del triunfo del bloque pequeñoburgués. En realidad, la clave de la actual crisis consiste en el conservadurismo de los elementos pequeñoburgueses que han pasado por una escuela puramente propagandística, y que no han encontrado todavía una senda hacia el camino de la lucha de clases. La crisis actual es la lucha final de estos elementos por la autoconservación. Como individuo todo opositorista puede encontrar, si lo quiere firmemente, un lugar digno dentro del movimiento revolucionario. Como fracción están condenados a morir. En la lucha que se desarrolla, Shachtman no está en el campo en que debiera estar. Como siempre en estos casos, sus lados fuertes han pasado a segundo plano, mientras sus rasgos débiles, por otra parte, han asumido una expresión particularmente acabada. Su “Carta abierta” representa, por así decir, una cristalización de sus rasgos débiles.

Shachtman ha olvidado un detalle: su posición de clase. De aquí sus extraordinarios zigzags, sus saltos e improvisaciones. Reemplaza el análisis de clase con anécdotas históricas desconectadas, con el único propósito de ocultar su propio cambio, de camuflar la contradicción entre su pasado y su presente. Así procede Shachtman con respecto a la historia del marxismo, a la historia de su propio partido y a la historia de la Oposición Rusa. Al hacerlo, acumula errores sobre errores. Todas las analogías históricas a que recurre hablan, como veremos, contra él.

Es mucho más difícil corregir los errores que cometerlos. Debo pedir paciencia al lector para seguir conmigo, paso a paso, todos los zigzags de las operaciones mentales de Shachtman. Por mi parte, prometo no reducirme simplemente a exponer los errores y contradicciones, sino a contraponer desde el principio hasta el fin la posición proletaria contra la pequeñoburguesa, la posición marxista contra la ecléctica. De esta manera, todos nosotros, tal vez, aprendamos algo de la discusión.

“Precedentes”

“Cómo es que nosotros, revolucionarios irreconciliables, nos hemos transformado tan repentinamente en una tendencia pequeñoburguesa?”, exclama Shachtman con indignación. ¿Dónde están las pruebas? “¿En qué se ha manifestado esta tendencia durante el año o los dos años pasados entre los portavoces representantes de la minoría?” (“Boletín interno”, vol. II, N.º 7, enero de 1940, pág. 11.) ¿Por qué no sucumbimos en el pasado a la influencia de la democracia pequeñoburguesa? ¿Por qué durante la guerra civil española...? y así interminablemente. Este es el argumento fuerte de Shachtman desde que comenzó su polémica conmigo y sobre el que ha tocado variaciones en todos los tonos, dándole aparentemente excepcional importancia. Ni siquiera ha entrado en la cabeza de Shachtman que puedo volver este argumento contra él.

El documento de la oposición “La guerra y el conservadurismo burocrático” admite que Trotsky tiene razón en nueve casos de diez, tal vez en noventa y nueve casos de cien. Comprendo perfectamente bien el carácter calificado y extremadamente magnánimo de esta concesión. La proporción de mis errores es, en verdad, considerablemente mayor. Cómo explicar, entonces, el hecho de que dos o tres semanas después de que fuese escrito este documento, Shachtman decidiese repentinamente que Trotsky:

a) Es incapaz de una actitud crítica hacia la información que se le suministra, aunque uno de sus informadores ha sido, durante diez años, el mismo Shachtman.

b) Es incapaz de distinguir una tendencia proletaria de una tendencia pequeñoburguesa, una tendencia bolchevique de una tendencia menchevique.

c) Es el defensor de la absurda “revolución burocrática” en lugar de la revolución de las masas.

d) Es incapaz de elaborar una respuesta correcta a las cuestiones concretas de Polonia, Finlandia, etc.

e) Manifiesta una tendencia a capitular ante el estalinismo.

f) Es incapaz de comprender el significado del centralismo democrático... y así *ad infinitum*.

En una palabra, durante el espacio de dos o tres semanas, Shachtman ha descubierto que he cometido errores en noventa y nueve casos de cien, especialmente cuando el mismo Shachtman está de por medio. Se me ocurre que este último porcentaje, sufre también una ligera exageración, pero esta vez en sentido opuesto. En todo acontecimiento, Shachtman descubrió mi tendencia a reemplazar la revolución de las masas por la “revolución burocrática” mucho más bruscamente de lo que yo descubrí su desviación pequeñoburguesa.

El camarada Shachtman me invita a presentar pruebas de la existencia de una “tendencia pequeñoburguesa” en el partido durante el año pasado o aun hace dos o tres años. Shachtman está completamente perdonado por no querer referirse al pasado más distante. Pero de acuerdo con la invitación de Shachtman, me reduciré a los últimos tres años. Pongan atención. A las cuestiones retóricas de mi inexorable crítico contestaré con algunos fieles documentos.

I

El 25 de mayo de 1937, escribí a Nueva York² con respecto a la política de la fracción bolchevique-leninista del Partido Socialista:

“... Debo citar dos recientes documentos: a) la carta privada de “Max” sobre el congreso y b) el artículo de Shachtman titulado “Hacia un Partido Socialista Revolucionario”³. El título solo de este artículo caracteriza una falsa perspectiva. Me parece que el desarrollo de los acontecimientos, incluido el último congreso, demuestra que el partido está evolucionando no hacia un partido “revolucionario”, sino hacia una especie de ILP⁴, es decir, a un miserable aborto político centrista sin ninguna perspectiva.

“La afirmación de que el Partido Socialista Americano está actualmente “más cerca de la posición del marxismo revolucionario que ningún otro partido de la Segunda o Tercera Internacional” es una cortesía absolutamente inmerecida: el Partido Socialista Americano está sólo más atrasado que las formaciones análogas de Europa (el POUM, el ILP, el SAP,⁵etc.). Nuestro deber es desenmascarar esta ventaja negativa de Norman

² Ver en [Escritos Tomo VIII, Volumen 2](#), página 195 y siguientes del formato pdf de nuestra serie: [Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma](#).

³ Artículo escrito cuando los trotskystas constituían una fracción organizada dentro del partido socialista. EDI.

⁴ Independent Labour Party (Partido Laborista Independiente), organización formada a partir de una escisión por la izquierda del Partido Laborista Inglés. (Nota de editor.)

⁵ Socialistiche Arbeitpartei (Partido Socialista Obrero de Alemania.) (Nota de editor.) [...] creado en 1931 (Rosenfele, Seydewitz) y un ala de la oposición comunista de derecha constituida en 1926 por Brandler y Talheimer (Wlcher, Froelich). En 1933 firmó la Declaración de los Cuatro por la Cuarta Internacional (con la LCI, el RSP y la OSP) [ver en [Escritos, Tomo V, Volumen 1](#), en página 64-69 la declaración y, hasta página 94, diversos materiales, paginación del formato pdf en nuestra serie [Escritos de León Trotsky 1929](#)

Thomas⁶ y compañía, y no hablar de la “superioridad (de la resolución sobre la guerra) sobre cualquier otra resolución nunca antes adoptada por el partido...” Esta es una *apreciación puramente literaria*, porque toda resolución debe ser considerada en relación con los acontecimientos históricos, con la situación política y sus necesidades imperativas...”⁷

En ambos documentos mencionados en la carta anterior, Shachtman reveló una excesiva adaptabilidad hacia el ala izquierda de los demócratas pequeñoburgueses (mimetismo político), ¡síntoma muy peligroso en un político revolucionario! Es extremadamente importante tomar nota de su elevada apreciación de la posición “radical” de Norman Thomas con respecto a la guerra... en Europa. Los oportunistas, como es bien sabido, tienden hacia el mayor radicalismo cuanto más lejos están de los acontecimientos. Teniendo presente esta ley, no es difícil apreciar en su verdadero valor el hecho de que Shachtman y sus aliados nos acusen de una tendencia a “capitular ante el estalinismo”. ¡Ay! sentado en Bronx es mucho más fácil desplegar irreconciliabilidad hacia el Kremlin que hacia la pequeña burguesía americana.

II

Si creyéramos al camarada Shachtman, yo traje por los pelos al debate la cuestión de la composición de clase de las fracciones. Aquí también refirámonos al pasado reciente. El 3 de octubre de 1937, escribí a Nueva York⁸:

“He señalado centenares de veces que el obrero que permanece inadvertido en las condiciones “normales” de la vida partidaria revela notables cualidades en un cambio de la situación cuando no bastan las fórmulas generales y las plumas fluidas cuando es necesario conocer la vida de los obreros y sus capacidades prácticas. En esas condiciones, un obrero bien dotado revela seguridad en sí mismo y revela también su capacidad política general.

“El predominio de los intelectuales en la organización es inevitable en el primer período del desarrollo de la organización. Al mismo tiempo es un gran obstáculo para la educación política de los obreros más dotados...Es absolutamente necesario que en el próximo congreso se introduzcan tantos obreros como sea posible en los comités central y locales. Para un obrero, la actividad en los cuerpos dirigentes del partido es al mismo tiempo una alta escuela política.

“La dificultad es que en toda organización hay miembros de comité tradicionales, y que diferentes consideraciones secundarias, fraccionales y personales, juegan un papel demasiado grande en la composición de la lista de candidatos.”

Nunca merecí atención ni interés del camarada Shachtman en cuestiones de esta índole.

III

Si creyéramos al camarada Shachtman, yo introduje la cuestión de la fracción del camarada Abern como concentración de individuos pequeñoburgueses, artificialmente y

- 1940, *Editorial Pluma*, y en nuestra serie [Trotsky inédito en internet y en castellano](#) el documento “[Los once puntos revisados](#)” EIS] (20 julio 1933 a 4 diciembre 1933), participó en la Conferencia Internacional de los Partidos Socialistas Revolucionarios que desembocó en la creación de la IAG (International Arbeitsgemeinschaft) cuyo centro radicaba en el Buró de Londres y la que se adhirieron, entre otros, la ILP, la Federación Comunista Ibérica, durante algún tiempo el Partido Obrero Noruego y, más tarde, el RSAP y el POUM, y que fue un obstáculo para la creación de la IV Internacional. EDI.

⁶ Norman Thomas, dirigente socialdemócrata norteamericano y del movimiento pacifista en los USA. EDI.

⁷ Este pasaje y los siguientes están extraídos de cartas de Trotsky no publicadas. EDI. [1972]

⁸ Ver en [Escritos, Tomo VIII, Volumen 3](#), página 190 y siguientes del formato pdf en nuestra serie [Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma](#).

sin ninguna base real. Sin embargo, el 10 de octubre de 1937, en una época en que Shachtman marchaba hombro con hombro con Cannon, y se consideraba oficialmente que Abern no tenía fracción, yo escribía a Cannon:

“El partido sólo tiene una minoría de verdaderos obreros fabriles... Los elementos no proletarios representan una levadura muy necesaria, y creo que podemos estar orgullosos de la buena calidad de estos elementos... pero... nuestro partido puede verse inundado por elementos no proletarios y hasta puede perder su carácter revolucionario. La tarea no consiste, naturalmente, en impedir la afluencia de intelectuales mediante métodos artificiales... sino en orientar prácticamente a toda la organización hacia las fábricas, las huelgas, los sindicatos...”

“Un ejemplo concreto: no podemos dedicar fuerzas iguales o suficientes a todas las fábricas. Nuestras organizaciones locales pueden, elegir para su actividad en el próximo período una, dos o tres fábricas dentro de su área y concentrar todas sus fuerzas sobre estas fábricas. Si en una de ellas tenemos a dos o tres obreros, podemos crear una comisión especial de apoyo de cinco no obreros con el propósito de ampliar nuestra influencia en estas fábricas.

“Lo mismo puede hacerse en los sindicatos. No podemos introducir afiliados no obreros en los sindicatos obreros. Pero podemos formar con éxito comisiones de apoyo para la acción oral y literaria relacionada con nuestros camaradas del sindicato. Las condiciones inviolables deberían ser: *no mandar a los obreros, sino solamente ayudarlos*, darles sugerencias, armarlos con los hechos, ideas, periódicos de fábrica, octavillas especiales, etc.

“Semejante colaboración tendría una enorme importancia educativa, de un lado, para los camaradas obreros y, de otro lado, para los no obreros que necesitan una sólida reeducación.

“Tenéis, por ejemplo, un importante número de elementos judíos no obreros en vuestras filas. Ellos pueden ser una levadura muy valiosa *si el partido logra extraerlos de un medio cerrado*, y los liga a través de la actividad cotidiana a los obreros fabriles. Creo que *esa orientación aseguraría también una atmósfera más saludable dentro del partido...*

“Podemos establecer de inmediato una regla general: un miembro del partido que no consiga ganar al partido a un nuevo obrero durante 3 o 6 meses no es un buen miembro del partido.

“Si establecernos seriamente semejante orientación general, y si verificarnos cada semana los resultados prácticos, evitaremos un *gran peligro*; a saber, que los intelectuales y los empleados ahoguen a la minoría obrera, la condenen al silencio y *transformen al partido en un club de discusión muy inteligente, pero absolutamente inhabitable para los obreros.*

“Las mismas reglas deben ser elaboradas en una forma similar para el trabajo y reclutamiento de la *organización de la juventud*, de lo contrario, *corremos el peligro de formar a buenos elementos jóvenes como diletantes revolucionarios, y no como luchadores revolucionarios.*”

De esta carta surge, creo, que no mencioné el peligro de una desviación pequeñoburguesa el día después del pacto Hitler-Stalin, o el día después del desmembramiento de Polonia, sino que lo adelanté persistentemente hace dos años y más. Además, como lo señalé entonces, teniendo en cuenta sobre todo la fracción “inexistente” de Abern, era absolutamente indispensable para poder purificar la atmósfera del partido, que los elementos judíos pequeñoburgueses de la sección de New York fueran sacados de su habitual ambiente conservador y dispersados en el verdadero movimiento obrero. Precisamente por esto, la carta arriba transcrita (no la primera de su género), escrita más

de dos años antes de que comenzara la actual discusión, es de un peso mucho mayor como prueba, que todos los escritos de los líderes de la oposición sobre los motivos que me impulsaron a salir en defensa de la “camarilla de Cannon”.

IV

La inclinación de Shachtman a ceder ante la influencia pequeñoburguesa, especialmente ante la académica y literaria, no ha sido nunca un secreto para mí. Durante la época de la Comisión Dewey⁹, escribí el 14 de octubre de 1937 a Cannon, Shachtman y Warde¹⁰:

“...He insistido en la necesidad de rodear al comité de delegados de grupos obreros a fin de crear canales desde el comité con las masas... Los camaradas Warde, Shachtman y otros afirmaron estar de acuerdo conmigo sobre este punto. Analizamos en común las posibilidades prácticas de realizar este plan... Pero, posteriormente, a pesar de mis repetidas preguntas, no pude tener nunca información sobre el asunto, y sólo accidentalmente me enteré de que el camarada Shachtman se oponía a ello. ¿Por qué? No sé”.

Shachtman nunca me hizo conocer sus razones. En mi carta me expresé con la mayor diplomacia, pero no tenía la menor duda de que, si bien Shachtman estaba de acuerdo conmigo de palabra, en realidad temía herir la excesiva sensibilidad política de sus temporales aliados liberales: en este sentido, Shachtman demuestra una excepcional “delicadeza”.

V

El 15 de abril de 1938, escribí a New York¹¹:

“Estoy un poco asombrado por la clase de publicidad dada a la carta de Eastman en *New International*. La publicación de la carta está bien, pero la importancia que se le da en la tapa, combinado con el silencio sobre el artículo de Eastman en *Harper's*, me parece un poco comprometedor para *New International*. Mucha gente interpretará este hecho como disposición nuestra a cerrar los ojos en materia de principios cuando está de por medio la amistad”.

VI

El 1 de junio de 1938, escribí al camarada Shachtman:

“Nos resulta difícil comprender aquí por qué tiene usted una actitud tan tolerante y hasta amistosa hacia Mr. Eugene Lyons. Habla, según parece, en vuestros banquetes; y, al mismo tiempo, habla en los banquetes de los Guardias Blancos”.

Esta carta continuaba la lucha por una política más independiente y resuelta hacia los llamados “liberales”, quienes, a la vez que libran una lucha contra la revolución, desean mantener “relaciones amistosas” con el proletariado, pues esto dobla su valor de mercado ante los ojos de la opinión pública burguesa.

VII

⁹ Comisión Dewey, compuesta por diversas personalidades reunidas bajo la presidencia del filósofo liberal norteamericano John Dewey para examinar la validez de las acusaciones que los dos procesos de Moscú hacían recaer sobre Trotsky. Una subcomisión interrogó a Trotsky durante una semana en Coyoacán en abril de 1937 y concluyó que Trotsky no era culpable de los cargos derivados de las acusaciones. EDI.

¹⁰ Ver en [Escritos Tomo VIII, Volumen 3](#), página 220 y siguientes del formato pdf en nuestra serie: [Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma](#).

¹¹ Ver en [Escritos, Tomo IX, Volumen 2](#), página 133 y siguientes del formato pdf en nuestra serie: [Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma](#).

El 6 de octubre de 1938, casi un año antes de que comenzara la discusión, escribí sobre la necesidad de que nuestra prensa partidaria se volviera decididamente hacia los trabajadores¹²:

“En este aspecto es muy importante la actitud del *Socialist Appeal*. Indudablemente, es un periódico marxista muy bueno, pero no es un verdadero instrumento de acción política... He tratado de interesar al comité de redacción del *Socialist Appeal* sobre esta cuestión, pero sin éxito”.

En estas palabras se evidencia una nota de queja. Y no es accidental. El camarada Shachtman, como ya he mencionado, despliega mucho mayor interés por los episodios literarios aislados de luchas hace tiempo concluidas, que por la composición social de su propio partido o los lectores de su propio periódico.

VIII

El 20 de enero de 1939, en una carta que ya he citado en relación con el materialismo dialéctico, toqué una vez más la cuestión de la gravitación del camarada Shachtman hacia el ambiente de la fraternidad literaria pequeñoburguesa:

“No puedo comprender por qué el *Socialist Appeal* da casi por inexistente al partido estalinista. Este partido representa actualmente una masa de contradicciones. Las escisiones son inevitables. Las próximas adquisiciones importantes vendrán seguramente del partido estalinista. Nuestra atención política debe concentrarse en él. Debemos seguir el desarrollo de sus contradicciones, día a día, hora a hora. Alguno de los camaradas de la dirección debe dedicar el grueso de su tiempo a las actividades y planes estalinistas. Podemos provocar una discusión y, si es posible, publicar las cartas de estalinistas titubeantes.

“Sería mil veces más importantes que invitar a Eastman Lyons y demás, a presentar sus sudores individuales. Me asombró un poco que usted hiciera sitio al último insignificante arrogante artículo de Eastman... Pero estoy absolutamente perplejo de que usted, personalmente, invite a esta gente a ensuciar las poco numerosas páginas de *New International*. La perpetuación de esta polémica puede interesar a algunos intelectuales pequeñoburgueses, pero no a los elementos revolucionarios.

“Tengo la firme convicción de que es necesaria cierta reorganización en *New International* y en *Socialist Appeal*: más distancia de Eastman, Lyons, etcétera, y más cerca de los obreros y, en este sentido, del partido estalinista”.

Los recientes acontecimientos han demostrado, es lamentable decirlo, que Shachtman no se alejó de Eastman y compañía, sino que, por el contrario, se acercó a ellos.

IX

El 27 de mayo de 1939, escribí nuevamente sobre el carácter del *Socialist Appeal*, en relación con la composición social de partido:

“Por las actas, veo que está teniendo dificultades con el *Socialist Appeal*. El periódico está muy bien hecho desde el punto de vista periodístico; pero es un periódico para los trabajadores y no un periódico obrero...”

“Tal como es, el periódico está dividido entre varios escritores, cada uno de ellos muy bueno, pero en conjunto no permiten que los obreros penetren en las páginas del *Appeal*. Cada uno de ellos habla para los obreros (y habla muy bien) pero ninguno escucha a los obreros. A pesar de su brillantez literaria, el periódico ha caído víctima, en cierto grado, de la rutina periodística. Ustedes no escuchan para nada cómo viven los obreros,

¹² Ver en [Escritos, Tomo X, Volumen 1](#), página 40 y siguientes del formato pdf en nuestra serie: [Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma](#).

cómo luchan, cómo se baten con la policía o cómo toman whisky. Ello es muy peligroso para el periódico como instrumento revolucionario del partido. La tarea no consiste en hacer un periódico mediante los esfuerzos conjuntos de un calificado comité de redacción, sino en alentar a los obreros a que se expresen por sí mismos.

“Es necesario, como condición de éxito, efectuar un cambio valiente y radical...”

“Naturalmente, no es sólo una cuestión del periódico, sino de todo el curso de la política. Continúo siendo de la opinión de que tienen *demasiados muchachos y muchachas pequeñoburgueses* que son muy buenos y dedicados al partido, pero que no se dan cuenta plenamente de que su deber no es discutir entre ellos sino penetrar en el fresco medio de los obreros. Repito mi proposición: todo miembro pequeñoburgués del partido que durante cierto tiempo, digamos tres o seis meses, no gane un obrero para el partido, debe ser transferido a la categoría de simpatizante y, después de otros tres meses, expulsado del partido. En algunos casos podría parecer injusto, pero el partido en su conjunto recibiría una conmoción saludable, que necesita muy mucho. Es necesario un cambio muy radical”.

Al proponer medidas tan draconianas como la expulsión de aquellos elementos pequeñoburgueses incapaces de ligarse a los obreros, no tenía en cuenta la “defensa” de la fracción de Cannon, sino salvar al partido de la degeneración.

X

Comentando las palabras escépticas que habían llegado a mis oídos del Socialist Workers Party, escribí al camarada Cannon, el 16 de junio de 1939¹³:

“La situación de preguerra, la agravación del nacionalismo, etcétera, es un obstáculo natural para nuestro desarrollo y la causa profunda de la depresión en nuestras filas. Pero se debe subrayar ahora *que cuanto más pequeñoburguesa sea la composición del partido, tanto más estará sujeto a los cambios de la opinión pública oficial*. Es un argumento suplementario a favor de la necesidad de realizar una valiente y activa reorientación hacia las masas.

“Los razonamientos pesimistas que usted menciona en su artículo son, naturalmente, un reflejo de la presión nacionalista, patriótica de la opinión pública oficial. “Si el fascismo triunfa en Francia...” “Si el fascismo triunfa en Inglaterra...” Y así por el estilo. Los triunfos del fascismo son importantes, pero la agonía del capitalismo es más importante”.

La cuestión de la dependencia del ala pequeñoburguesa del partido ante la opinión pública oficial fue planteada, en consecuencia, varios meses antes de que comenzara la discusión actual y no fue traída de ningún modo artificialmente a fin de desacreditar a la oposición.

El camarada Shachtman exigía que yo proporcionara “precedentes” de tendencias pequeñoburguesas entre los dirigentes de la oposición durante el pasado período. Fui tan lejos en la contestación de su pregunta como para seleccionar al mismo camarada Shachtman entre los líderes de la oposición. Estoy lejos de haber agotado el material de que dispongo. Citaré más adelante dos cartas (una de Shachtman, otra mía) que son, tal vez, todavía más interesantes como “precedentes”. Que no objete Shachtman que los errores y olvidos a que se refiere la correspondencia también pueden ser utilizados contra otros camaradas, incluidos representantes de la actual mayoría. Posiblemente. Probablemente. Pero el nombre de Shachtman no se repite por casualidad en esta

¹³ Ver en [Escritos, Tomo X, Volumen 2](#), página 235 y siguientes del formato pdf de nuestra serie: [Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma](#).

correspondencia. Donde otros han cometido errores episódicos, Shachtman ha evidenciado una tendencia.

En todo caso, y en completa oposición a lo que ahora pretende Shachtman sobre mis “repentinias” e “inesperadas” apreciaciones, puedo demostrar, documentos en mano (y creo haberlo demostrado) que mi artículo sobre la “Oposición pequeñoburguesa” no fue más que el resumen de mi correspondencia con Nueva York durante los últimos tres años (en realidad, de los pasados diez años). Shachtman pidió “precedentes” en forma muy demostrativa. Le he dado “precedentes”. Hablan totalmente contra Shachtman.

El bloque filosófico contra el marxismo

Los círculos de la oposición consideran posible afirmar que la cuestión del materialismo dialéctico fue introducida por mí sólo porque carecía de una respuesta a las cuestiones “concretas” de Finlandia, Letonia, India, Afganistán Beluchistán etc. Este argumento, carente de todo mérito en sí mismo, es interesante, sin embargo, en la medida en que caracteriza el nivel de ciertos individuos de la oposición, su actitud hacia la teoría y hacia la lealtad ideológica elemental. No sería inoportuno, por lo tanto, referirnos al hecho de que mi primera conversación seria con los camaradas Shachtman y Warde, en el tren, inmediatamente después de mi llegada a México, en enero de 1937, estuvo consagrada a la necesidad de propagar persistentemente el materialismo dialéctico. Después que nuestra sección americana se separó del Partido Socialista, insistí lo más enérgicamente en la publicación más pronta posible de un órgano teórico, teniendo de nuevo en mente la necesidad de educar al partido, primero y principalmente a sus nuevos miembros, en el espíritu del materialismo dialéctico. En Estados Unidos (escribí entonces), donde la burguesía inculca sistemáticamente el empirismo vulgar en los trabajadores, es más necesario que en cualquier otra parte apresurar la elevación del movimiento a un nivel teórico adecuado. El 20 de enero de 1939, escribí al camarada Shachtman en relación a su artículo en colaboración con el camarada Burnham, “Intelectuales en retirada”:

“El párrafo sobre la dialéctica es el golpe más rudo que usted personalmente, como editor de *New International*, podía haber asestado a la teoría marxista... ¡Bien! Hablaremos de esto públicamente”.

Así, hace un año, di abiertamente la noticia, adelantándome a Shachtman, de que tenía el propósito de emprender una lucha pública contra sus tendencias eclécticas. En aquel momento, no se habló nada de la próxima oposición; en todo caso, muy lejos de mí mente estaba el suponer que el bloque filosófico contra el marxismo preparaba el terreno para un bloque político contra el programa de la Cuarta Internacional.

El carácter de las diferencias que han salido a la superficie solamente ha confirmado mis anteriores temores tanto en lo que se refiere a la composición social del partido como a la educación teórica de los cuadros. No hubo nada que requiriera un cambio de pensamiento o de introducción “artificial”. Así es como están las cosas en realidad. ¡Permítaseme agregar que me siento algo avergonzado ante el hecho de que es casi necesario justificarse para salir en defensa del marxismo dentro de una de las secciones de la Cuarta Internacional!

En su “Carta abierta”, Shachtman se refiere particularmente al hecho de que el camarada Vincent Dunne expresase satisfacción respecto al artículo sobre los intelectuales. Pero yo también lo alabé: “Muchas partes son excelentes”. Sin embargo, como dice el proverbio ruso, “una cucharada de alquitrán puede echar a perder un barril de miel”. Se trata precisamente de esta cucharada de alquitrán. La sección consagrada al materialismo dialéctico expresa un número de concepciones monstruosas desde el punto de vista marxista cuya finalidad, ahora está claro, fue reparar el terreno al bloque político.

Ante la obstinación con que Shachtman persiste en que yo me he aferrado al artículo como un pretexto, permítaseme citar una vez más el pasaje principal de la sección que nos interesa: "...ni nadie ha demostrado todavía que el acuerdo o el desacuerdo sobre las doctrinas más abstractas del materialismo dialéctico afecte necesariamente (!) las tareas políticas concreta de hoy y de mañana; y los partidos políticos, los programas y luchas se basan en tales tareas concretas" (*New International* enero de 1939, p. 7). ¿No basta esto solo? Lo que sobre todo es asombroso es esta fórmula, indigna de revolucionarios: "los partidos políticos, programas y luchas... se basan en tales tareas concretas". ¿Qué partidos? ¿Qué programas? ¿Qué luchas? Todos los partidos y todos los programas se encuentran aquí amontonados juntos. El partido del proletariado es un partido diferente a todos los demás. No está basado en modo alguno, sobre "tales tareas concretas". En su misma base, es diametralmente opuesto a los partidos de los mercaderes burgueses y de los ropavejeros pequeñoburgueses. Su tarea es la preparación de una revolución social y la regeneración de la humanidad sobre nuevas bases materiales y morales. Con el objeto de no abandonar la ruta, bajo la presión de la opinión pública burguesa y de la represión policiaca al revolucionario proletario, con mayor razón un dirigente, necesita una concepción del mundo clara, sagaz, completamente puntualizada. Solamente sobre la base de una concepción marxista única, es posible abordar correctamente las cuestiones "concretas".

Aquí comienza precisamente la traición de Shachtman; no un mero error, como quise creer el año pasado, sino, como resulta claro ahora, una franca traición teórica. Siguiendo los pasos de Burnham, Shachtman enseña al joven partido revolucionario que "nadie ha demostrado todavía razonablemente" que el materialismo dialéctico afecte a la actividad política del partido. "Nadie ha demostrado todavía", en otras palabras, que el marxismo sea de alguna utilidad en la lucha del proletariado. Consecuentemente, el partido no tiene el menor motivo para apropiarse y defender el materialismo dialéctico. Esto no es nada más que renunciar al marxismo, al método científico en general, una lamentable capitulación ante el empirismo. Precisamente esto constituye el bloque filosófico de Shachtman con Burnham, y a través de Burnham, con los sacerdotes de la "Ciencia" burguesa. Precisamente a esto y sólo a esto es a lo que me refería en mi carta del 20 de enero del año pasado.

El 5 de marzo contestó Shachtman: "He releído el artículo de enero de Burnham y Shachtman a que usted se refería, y aun cuando a propósito de él usted me ha escrito que yo debería haber propuesto una formulación diferente aquí (!) y allá(!), si es que el artículo tuviese que ser hecho de nuevo, no puedo estar de acuerdo con la esencia de su crítica".

Esta réplica, como acontece siempre con Shachtman en una situación seria, en realidad no expresa nada absolutamente pero todavía da la impresión de que Shachtman ha dejado un puente abierto para la retirada. Ahora, cogido por el frenesí fraccional, promete "hacerlo de nuevo y repetidamente mañana". ¿Hacer qué? ¿Capitular ante la "Ciencia" burguesa? ¿Renunciar al marxismo?

Shachtman me explica extensamente (ya veremos en breve con qué fundamento) la utilidad de éste o de aquel *bloque político*. Yo hablo acerca de la naturaleza mortífera de la *traición política*. Un bloque puede estar justificado o no según su contenido y las circunstancias. Ningún bloque puede justificar la traición teórica. Shachtman se refiere al hecho de que su artículo es de carácter puramente político. Yo no hablo del artículo, sino de aquella sección que renuncia al marxismo. Si un libro de texto de física contuviera, aunque fueran sólo dos líneas sobre Dios como a causa primera, estaría en mi derecho al concluir que el autor es un obscurantista.

Shachtman no responde a la acusación, sino que trata de distraer la atención volviéndose hacia asuntos sin importancia.

“¿En qué difiere [pregunta] lo que usted llama mi “bloque con Burnham” en la esfera filosófica del bloque de Lenin con Bogdanov?¹⁴ ¿Por qué éste sí tenía principios y el nuestro no? Me interesaría mucho conocer la respuesta a esta pregunta”. Me ocuparé en seguida de la diferencia política, o, mejor dicho, de la diametral oposición política entre ambos bloques. Aquí nos interesa la cuestión del método marxista. ¿En dónde está la diferencia que usted pregunta? En que Lenin nunca proclamó en beneficio de Bogdanov que el materialismo dialéctico fuese superfluo para resolver “cuestiones políticas concretas”. En que Lenin nunca confundió teóricamente al partido bolchevique con los partidos en general. Él era orgánicamente incapaz de proferir semejantes abominaciones. Y no él solo, sino cualquiera de los bolcheviques serios. Esa es la diferencia. ¿Comprende usted? Sarcásticamente, Shachtman me prometió que a él le “interesaría” una clara respuesta. Confío en que se la he dado. No reclamo el “interés”.

Lo abstracto y lo concreto. Economía y política

La sección más lamentable del lamentable escrito de Shachtman es el capítulo “El estado y el carácter de la guerra”. “¿Cuál es, pues, nuestra posición?”, pregunta el autor. “Simplemente ésta: es imposible deducir *directamente* nuestra política, respecto de una guerra *específica*, de una caracterización *abstracta* del carácter de clase del estado envuelto en la guerra; más particularmente, de las formas de propiedad prevalecientes en ese estado. Nuestra política debe desprenderse de un examen *concreto* del carácter de la guerra, en relación a los intereses de la revolución socialista internacional” (Loc. cit. p. 13, subrayado por mí. L. T.). ¡Qué confusión! ¡Qué embrollo sofisticado! Si es imposible deducir nuestra política *directamente* del carácter de clase de un estado, entonces, ¿por qué no podría conseguirse eso *indirectamente*? ¿Por qué el análisis del carácter del estado ha de ser *abstracto*, mientras que el análisis del carácter de la guerra es *concreto*? Formalmente hablando, se puede decir con el mismo derecho (en realidad, con mucho mayor derecho) que nuestra política en relación a la URSS, puede deducirse no de una caracterización *abstracta* de la guerra como “imperialista”, sino sólo de un análisis *concreto* del carácter del estado en la situación histórica dada. El filosofismo fundamental sobre el que Shachtman construye todo lo demás es bastante simple: puesto que la base económica no determina *inmediatamente* los acontecimientos de la superestructura; puesto que la sola caracterización de clase del estado *no basta* para resolver las tareas prácticas, por tanto, *...por tanto*, podemos salir adelante sin examinar la economía ni la naturaleza de clase del estado, reemplazándola como lo hace Shachtman en su jerga periodística, con las “realidades de los acontecimientos vivos”. (Loc. cit., p. 14.)

El mismo artificio hecho circular por Shachtman para justificar su bloque filosófico con Burnham (el materialismo dialéctico no determina inmediatamente nuestra política, por consiguiente... no afecta *en general* las “tareas políticas concretas”) se repite aquí palabra por palabra en relación a la sociología marxista; puesto que las formas de propiedad no determinan inmediatamente la política de un estado, es posible, por lo tanto,

¹⁴ De 1904 a 1907, Lenin dirigió la fracción bolchevique apoyándose en particular sobre Bogdanov, cuyos puntos de vista filosóficos estaban muy alejados del marxismo y representaban una corriente denominada “machista” (del nombre del científico Mach) o “empiriocriticismo”. Cuando Bogdanov se colocó sobre una línea política de izquierda (el boicot sistemático a las instituciones legales, empezando por las elecciones a la Duma), Lenin rompió con él políticamente y escribió en seguida una larga crítica de sus posiciones filosóficas: *Materialismo y empiriocriticismo*. Bogdanov constituyó en 1908 una fracción ultraizquierdista agrupada alrededor del periódico *Vperiod*, de donde el nombre de periodistas dado a ese grupo. EDI.

arrojar por la borda la sociología marxista en general al determinar las “tareas políticas concretas”.

Pero, ¿por qué se detiene ahí? Puesto que la ley del valor del trabajo no determina los precios “directa” ni “inmediatamente”; puesto que las leyes de la selección natural no determinan “directa” ni “inmediatamente” el nacimiento de un cerdo glotón; puesto que las leyes de la gravedad no determinan “directa” ni “inmediatamente” el rodar de un policía ebrio por una escalera, por lo tanto... por lo tanto, dejemos a Marx, a Darwin, a Newton, y a todos los demás enamorados de las “abstracciones” coleccionar polvo en sus anaqueles. Esto es nada menos que el entierro solemne de la ciencia, ya que, después de todo, el curso entero del desarrollo de la ciencia procede desde las causas “directas” e “inmediatas” hasta las más remotas y profundas; desde las múltiples variedades y acontecimientos caleidoscópicos hasta la unidad de las fuerzas directrices.

La ley del valor del trabajo no determina los precios “inmediatamente”, pero, sin embargo, los determina. Fenómenos “concretos” tales como la bancarrota de la política del New Deal encuentran su explicación, en último análisis, en la “abstracta” ley del valor. Roosevelt no lo sabe, pero un marxista tiene cuidado en no proceder sin conocerla. No en forma inmediata, sino a través de toda una serie de factores intermedios y de su interacción recíproca, las formas de propiedad determinan no sólo la política sino también la ética. Un político proletario que trate de ignorar la naturaleza de clase del estado terminaría invariablemente como el policía que ignora las leyes de la gravitación; es decir, rompiéndose la nariz.

Es evidente que Shachtman no toma en cuenta la diferencia entre lo abstracto y lo concreto. Esforzándose hacia lo concreto, nuestra mente opera con abstracciones. Aun “este” perro “dado”, “concreto”, es una abstracción porque empieza a cambiar, por ejemplo, dejando caer su cola en el “momento” en que lo señalamos con el dedo. Lo concreto es un concepto relativo y no absoluto: lo que es concreto en un caso se torna abstracto en otro; es decir, insuficientemente definido para un propósito determinado. Con el objeto de obtener un concepto suficientemente “concreto” *para una necesidad dada* es preciso correlacionar varias abstracciones en una, exactamente igual que cuando reproducimos un segmento de vida en una pantalla, que es una película en movimiento, tenemos que combinar cierto número de fotografías fijas.

Lo concreto es una combinación de abstracciones no una combinación arbitraria o subjetiva, sino una que corresponda a las leyes del movimiento de un fenómeno determinado.

“Los intereses de la revolución socialista internacional” a los que apela Shachtman contra la naturaleza de clase del estado, representa en este caso dado la más vaga de todas las abstracciones. Después de todo, la cuestión que nos ocupa es precisamente ésta: ¿en qué forma concreta podemos promover los intereses de la revolución? Tampoco sería inoportuno recordar, también que la tarea de la revolución socialista es crear un estado obrero. Antes de hablar de la revolución socialista es necesario, en consecuencia, aprender a distinguir entre “abstracciones” tales como burguesía y proletariado, estado capitalista y estado obrero.

Shachtman, verdaderamente, derrocha su propio tiempo y el de los demás en probar que la propiedad nacionalizada no determina “en sí y por sí misma”, “automáticamente”, “directamente”, “inmediatamente”, la política del Kremlin. Respecto a la cuestión de cómo la “base” económica determina la “superestructura” política, jurídica, filosófica, artística, etc., existe una rica literatura marxista. La opinión de que presuntivamente la economía determina directa e inmediatamente la capacidad creadora de un compositor o siquiera el veredicto de un juez, representa una vieja caricatura del

marxismo que el profesorado burgués de todos los países ha hecho circular interminablemente para ocultar su impotencia intelectual¹⁵.

En cuanto a la cuestión que nos concierne inmediatamente, la interrelación entre los fundamentos sociales del estado soviético y la política del Kremlin, permítaseme recordar al olvidadizo Shachtman que durante 17 años hemos venido señalando públicamente la *contradicción* creciente entre los fundamentos establecidos por la Revolución de Octubre y las tendencias de la “superestructura” estatal. Paso a paso, hemos seguido la creciente independencia de la burocracia respecto al proletariado soviético y el crecimiento de su dependencia respecto a otras clases y grupos, tanto de dentro como de fuera del país. ¿Qué pretende añadir Shachtman en este dominio al análisis que ya hemos realizado?

Sin embargo, a pesar de que la economía no determina directa ni inmediatamente la política, sino sólo en último análisis, *a pesar de todo la economía determina la política*. Los marxistas afirman precisamente esto, en contraposición a los profesores burgueses y sus discípulos. Mientras analizábamos y exponíamos la creciente independencia política de la burocracia respecto al proletariado, nunca perdimos de vista los límites sociales objetivos de esta “independencia” es decir, la propiedad nacionalizada, complementada por el monopolio el comercio exterior.

¡Asombroso! Shachtman continúa apoyando la consigna de una revolución política contra la burocracia soviética. ¿Ha pensado él alguna vez seriamente en el significado de esta consigna? Si nosotros sostuviéramos que los fundamentos sociales establecidos por la Revolución de Octubre se reflejan “automáticamente” en la política del estado, entonces ¿por qué sería necesaria una *revolución* contra la burocracia? Por otra parte, si la URSS ha dejado de ser completamente un estado obrero, no se precisaría una revolución *política*, sino una revolución *social*. En consecuencia, Shachtman continúa sosteniendo la siguiente consigna: 1) La del carácter de estado obrero de la URSS; 2) La del antagonismo irreconciliable entre los fundamentos sociales del estado y la burocracia. Pero mientras él repite esta consigna, trata de socavar sus cimientos teóricos. ¿Será quizá con el fin de demostrar una vez más la independencia de su política respecto a las “abstracciones” científicas?

So pretexto de emprender una lucha contra la caricatura burguesa del materialismo dialéctico, Shachtman abre de par en par las puertas al idealismo histórico. Las formas de la propiedad y el carácter de clase del estado son motivo de indiferencia para él en el análisis de la política de un gobierno. El estado mismo se le presenta como un animal de sexo indeterminado. Con ambos pies firmemente plantados en su lecho de rosas, Shachtman nos explica pomposamente (¡en pleno 1940!) que además de la propiedad nacionalizada existe también la inmundicia bonapartista y su política reaccionaria. ¡Vaya novedad! ¿Pensó Shachtman por casualidad que estaba hablando en una guardería?

Shachtman hace un bloque... también con Lenin

Para ocultar su fracaso para entender la esencia del problema de la naturaleza del estado soviético, Shachtman saltó sobre las palabras que Lenin dirigió contra mí el 30 de diciembre de 1920, durante la llamada discusión sobre los sindicatos: “El camarada Trotsky habla del estado obrero. Permitidme; esto es una abstracción... Nuestro estado no es en realidad un estado obrero sino un estado obrero y campesino... Nuestro actual estado es tal que aun el proletariado organizado debe defenderse a sí mismo, y nosotros debernos

¹⁵ Para el estudio de esta cuestión les recomiendo a los jóvenes camaradas el estudio de los trabajos de F. Engels (*Anti-Dühring*) [en nuestras *Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels*. EIS], de Plejánov [*Obras Escogidas de G. V. Plejánov*, en nuestro sello hermano *Alejandría Proletaria*. EIS] y de A. Labriola. Nota de L. Trotsky. EDI.

utilizar estas organizaciones obreras para la defensa de los obreros contra su estado y para la defensa de nuestro estado por los obreros”. Apoyándose en esta cita y apresurándose a proclamar que yo he repetido mi “error” de 1920, Shachtman no se dio cuenta, en su precipitación, de un error mayúsculo en la cita relacionada con la definición de la naturaleza del estado soviético. El 19 de enero, Lenin mismo escribió lo siguiente acerca de su discurso del 30 de diciembre: “Yo declararé: nuestro estado no es en realidad un estado obrero, sino un estado obrero y campesino... Al leer la versión de la discusión, veo ahora que estaba equivocado... Debí haber dicho: “El estado obrero es una abstracción. En realidad, tenemos un estado obrero con los siguientes rasgos especiales 1) son los campesinos y no los obreros los que predominan en la población; 2) es un estado obrero con deformaciones burocráticas”. De este episodio se sacan dos conclusiones: Lenin atribuía tan gran importancia a la definición sociológica precisa de estado ¡que consideró necesario corregirse a sí mismo en el mayor calor de una polémica! Pero Shachtman se interesa tan poco en la naturaleza de clase del estado soviético ¡que veinte años más tarde no advierte ni el error de Lenin, ni la corrección de Lenin!

No me detendré aquí sobre la cuestión de lo bien que dirigía Lenin sus argumentos contra mí. Creo que lo hizo incorrecta mente... dado que no existían diferencias de opinión entre nosotros sobre la definición del estado. Pero no es ese el problema ahora. La formulación teórica sobre la cuestión del estado hecha por Lenin en el párrafo arriba citado, conjuntamente con la importante corrección que él mismo introdujo días más tarde, es absolutamente correcta. Pero oigamos qué increíble empleo hacía Shachtman de la definición de Lenin: “Del mismo modo como era posible hablar hace 20 años [escribe] del término “estado obrero” como de una abstracción, así también es posible hablar del término “estado obrero degenerado” como de una abstracción.” (Loc. cit. p. 14.) Es patente que Shachtman no consigue entender a Lenin. Hace 20 años, el término “estado obrero” no podía ser considerado de ningún modo una abstracción *en general*: es decir al o irreal o inexistente. La definición “estado obrero” aunque correcta en sí y por sí misma, era *inadecuada* en relación a una tarea *particular*, o sea, la defensa de los obreros por medio de sus sindicatos; y sólo en este sentido era abstracta. Sin embargo, en relación a la defensa de la URSS contra el imperialismo, esta misma definición era, en 1929, al igual que hoy, inmoviblemente concreta al hacer obligatoria para los obreros la defensa del estado en cuestión.

Shachtman no está de acuerdo. Escribe: “Así como fue necesario una vez, en conexión con el problema de los sindicatos, hablar concretamente de qué *clase* de estado obrero existía en la Unión Soviética, hoy es necesario establecer, en conexión con la guerra actual, el *grado* de degeneración del estado soviético, y el *grado* de degeneración del régimen no puede establecerse por medio de una referencia abstracta a la existencia de la propiedad nacionalizada, sino por la observación de las realidades (!) de los acontecimientos (!) vivos (!).” De esto resulta completamente incomprensible por qué en 1920 la cuestión del carácter de la URSS fue suscita en conexión con los sindicatos, es decir, con cuestiones particulares internas del régimen, mientras que ahora es suscitada en conexión con la defensa de la URSS, esto es, en relación con el destino global del estado. “En el primer caso, el estado obrero era contrapuesto a los obreros; en el último, a los imperialistas. Pequeño prodigio el de la analogía que cojea de ambas piernas; lo que Lenin contraponía, Shachtman lo identifica.

No obstante, incluso si tomamos las palabras de Shachtman por su valor nominal, se concluye que la cuestión que a él interesa es sólo *el grado de degeneración* (¿de qué?, ¿de un estado obrero?), es decir, las diferencias cuantitativas de la evaluación. Supongamos que Shachtman haya puntualizado (¿dónde?) el “grado” más precisamente que nosotros. Pero ¿en qué forma pueden diferencias puramente cuantitativas en la

evaluación de la degeneración del estado *obrero* afectar nuestra decisión sobre la defensa de la URSS? Es imposible hacer de esto algo que tenga pies y cabeza. La verdad es que Shachtman continúa fiel al eclecticismo, es decir, a sí mismo, empeñado en la cuestión del “grado”, solo en un esfuerzo para mantener su equilibrio entre Abern y Burnham. Lo que se discute, en realidad, no es de ningún modo el *grado* determinado por las “realidades de los acontecimientos vivos” (cuán precisa, “científica”, “concreta” y “experimental” terminología), sino si estos cambios *cuantitativos* se han transformado en cambios *cualitativos*; es decir, si la URSS es todavía un estado obrero, incluso aunque sea degenerado, o si se ha transformado en un nuevo tipo de estado explotador.

Shachtman no tiene ninguna respuesta a esta pregunta básica; no siente ninguna necesidad de una respuesta. Su argumento es simplemente mimetismo verbal de las palabras de Lenin, pronunciadas en relación a algo diferente, con diferente contenido y que incluían un error subsanado. Lenin declaró en su versión corregida: “El estado en cuestión no es simplemente un estado obrero, sino un estado obrero con deformaciones burocráticas.” Shachtman afirma: “El estado en cuestión no es simplemente un estado obrero degenerado, sino...”, ¿sino qué? Nada consigue añadir Shachtman. Orador y auditoria se miran uno a otro boquiabiertos.

¿Qué significa “estado obrero degenerado” en nuestro programa? A esta cuestión responde nuestro programa con un grado de concreción que resulta enteramente adecuado para resolver la cuestión de la defensa de la URSS; esto es: 1) aquellos rasgos que en 1920 constituían una “deformación burocrática” del sistema soviético se han vuelto ahora un régimen burocrático independiente, que ha devorado a los sóviets; 2) la dictadura de la burocracia, incompatible con las tareas internas e internacionales del socialismo, ha introducido y continúa introduciendo, también en la vida económica del país, deformaciones profundas; 3) básicamente, sin embargo, el sistema de la economía planificada, sobre la base de la propiedad estatal de los medios de producción, se ha conservado, y continúa siendo una conquista colosal de la humanidad. La derrota de la URSS en una guerra contra el imperialismo significaría, no sólo la liquidación de la dictadura burocrática, sino la de la economía estatal planificada; y el desmembramiento del país en zonas de influencia; una nueva estabilización del imperialismo; y un nuevo debilitamiento del proletariado mundial.

De la circunstancia de que la deformación “burocrática” ha crecido hasta convertirse en un régimen de autocracia burocrática, sacamos nosotros la conclusión de que la defensa de los obreros por medio de sus sindicatos (que han sufrido la misma degeneración que el estado) es hoy, en contraste con 1920, completamente irreal; es necesario derrocar a la burocracia; esta tarea sólo puede llevarse a cabo por medio de la creación de un partido bolchevique ilegal en la URSS.

De la circunstancia de que la degeneración del sistema político todavía no ha llevado a la destrucción de la economía estatal planificada, sacamos la conclusión de que todavía es deber del proletariado mundial defender a la URSS contra el imperialismo y ayudar al proletariado soviético en su lucha contra la burocracia.

¿Qué es exactamente lo que Shachtman encuentra abstracto en nuestra definición de la URSS? ¿Qué enmiendas concretas propone? Si la dialéctica nos enseña que “la verdad es siempre concreta”, entonces, esta ley se aplica con igual fuerza a la crítica. No basta con calificar de abstracta una definición. Es preciso señalar exactamente qué es lo que le falta. De otro modo la crítica misma se vuelve estéril. En lugar de concretar o modificar la definición que él tacha de abstracta, Shachtman la sustituye con el vacío. Eso no basta. El vacío, aun el más pretencioso, debe ser comprendido como la peor de todas las abstracciones: puede llenársele con cualquier contenido. Pequeño prodigio de este

vacío teórico, que, al desplazar el análisis clasista, ha mamado en la política del impresionismo y del aventurerismo.

“Economía concentrada”

Shachtman continúa citando las palabras de Lenin de que “la política es economía concentrada” y de que, en este sentido, “la política no puede menos de tomar la primacía respecto de la economía”. De las palabras de Lenin, Shachtman dirige contra mí la moraleja de que estoy interesado, por decirlo así, sólo en “la economía” (medios de producción nacionalizados) y que salto por encima de la “política”. Este segundo esfuerzo por explotar a Lenin no es más feliz que el primero. ¡Aquí, el error de Shachtman asume verdaderamente vastas proporciones! Lenin quiere decir: cuando los procesos, tareas e intereses económicos adquieren un carácter *consciente y generalizado* (“concentrado”), entran en la esfera de la política, en virtud de este mismo hecho, y constituyen la esencia de la política. En este sentido, la política, como economía concentrada, surge por encima de la actividad económica cotidiana, atomizada, inconsciente y no generalizada.

La justeza de la política, desde el punto de vista marxista, se determina precisamente por la medida en que “concentra” profundamente y en todos sus aspectos la economía; esto es, en que expresa a tendencias progresivas en su desarrollo. Por eso basamos nuestra política, primero y por encima de todo, en nuestro análisis de las formas de propiedad y de las relaciones de clase. Un análisis más detallado y concreto de los factores de la “superestructura” sólo es posible para nosotros sobre esta base teórica. Así, por ejemplo, si acusáramos a una fracción adversa de “conservadurismo burocrático”, inmediatamente buscaríamos las raíces sociales, es decir, de clase, de este fenómeno. Cualquier otro procedimiento no nos rebajaría a la calidad de marxistas “platónicos”, sino a la de simples payasos ruidosos.

“La política es economía concentrada.” Hay

Que pensar en aplicar también esta proposición al Kremlin. O bien, como excepción a la regla general ¿no es la política del gobierno de Moscú “economía concentrada”, sino una manifestación del libre albedrío de la burocracia? Nuestro esfuerzo por reducir la política del Kremlin a la economía nacionalizada, refractada a través de los intereses de la burocracia, provoca una frenética resistencia de Shachtman. Él se guía, en relación a la URSS, no por la consciente generalización de la economía, sino por la “observación de las realidades de los acontecimientos vivos” esto es, por la regla del pulgar, por las improvisaciones, simpatías y antipatías. Contrapone esta política impresionista a nuestra política sociológicamente fundamentada y, al mismo tiempo, nos acusa de... ignorar la política. ¡Increíble, pero cierto! Seguramente, en último análisis, la política mal articulada y caprichosa de Shachtman es igualmente expresión “concentrada” de economía, sólo que (¡ay!) de la economía de la desclasa pequeña burguesía.

Comparación con guerras burguesas

Shachtman nos recuerda que las guerras burguesas fueron en una época progresivas y que en otro período se volvieron reaccionarias y que, por lo tanto, no basta con dar la definición de clase de un estado empeñado en una guerra. Esta proposición no esclarece la cuestión, sino que la enturbia. Las guerras burguesas pudieron ser progresivas sólo en una época en que todo el régimen burgués era progresivo; en otras palabras, en un tiempo en que la propiedad burguesa, en distinción por contraste con la propiedad feudal, era un factor constructivo y progresivo. Las guerras burguesas se volvieron reaccionarias cuando la propiedad burguesa se convirtió en un freno para el desarrollo. ¿Quiere decir Shachtman, en relación con la URSS, que la propiedad estatal de los medios de producción se ha vuelto un freno para el desarrollo y que la extensión de esta forma de

propiedad a otros países constituye una reacción económica? Es evidente que Shachtman no quiere decir esto. Sencillamente, no saca la conclusión lógica de sus propios pensamientos.

El ejemplo de las guerras nacionales burguesas ofrece verdaderamente una lección muy instructiva, pero Shachtman lo pasa por encima sin inmutarse. Marx y Engels lucharon por una república alemana unificada. “En la guerra de 1870-1871 estuvieron del lado de los alemanes a pesar de que la lucha por la unificación era explotada y desfigurada por los parásitos a dinásticos.

Shachtman se refiere al hecho de que Marx y Engels inmediatamente se volvieron contra Prusia al realizarse la anexión de Alsacia-Lorena. Pero este cambio no hace más que ilustra aún más luminosamente nuestro punto de vista. Es inadmisibles olvidar por un instante que se trataba de una guerra entre dos estados *burgueses*. Así, ambos campos tenían un denominador común de clase. Decidir cuál de los dos era el “mal menor” (en la medida en que la historia da lugar a elegir) sólo era posible sobre la base de factores complementarios. Del lado alemán se trataba de crear un estado *nacional* burgués como campo económico y cultural. El estado *nacional* durante ese período era un factor histórico progresivo. En esa medida, Marx y Engels estuvieron del lado de los alemanes, a pesar de los Hohenzollern y de sus junkers. La anexión de Alsacia-Lorena violó el principio del estado nacional, tanto en lo que se refiere a Francia como a Alemania, y puso las bases para una guerra de revancha. Marx y Engels, lógicamente se volvieron violentamente contra Prusia. Sin embargo, no corrieron de ningún modo el riesgo de prestar algún servicio a un sistema de economía inferior contra otro superior, dado que, en ambos campos, repetimos, prevalecían relaciones burguesas. Si Francia hubiera sido un estado obrero en 1870, entonces Marx y Engels habrían estado desde el principio a favor de Francia, puesto que ellos (y es molesto de nuevo tener que mencionarlo) se guiaban en toda su actividad por el criterio de clase.

Hoy, en los viejos [estados] capitalistas ya no es la resolución de las tareas nacionales lo que se halla en cuestión. Por el contrario, la humanidad sufre la contradicción entre las fuerzas productivas y el almacén demasiado estrecho del estado nacional. La economía planificada, sobre la base de la propiedad socializada, libre de las fronteras nacionales, es la tarea del proletariado internacional, sobre todo... en Europa. Precisamente esta tarea se expresa en nuestra consigna: “¡Por los Estados Unidos Socialistas de Europa!” La expropiación de los propietarios en Polonia, lo mismo que en Finlandia, es un factor progresivo en sí y por sí mismo. Los métodos burocráticos del Kremlin, en este proceso, ocupan el mismo sitio que los métodos dinásticos de los Hohenzollern en la unificación de Alemania. Siempre que nos confrontemos a la necesidad de elegir entre la defensa de formas reaccionarias de propiedad, mediante medidas reaccionarias, y a la introducción de formas progresivas de propiedad mediante medidas burocráticas, no colocaremos de ningún modo a ambos campos en un mismo nivel, sino que elegiremos el mal menor. En esto hay más “capitulación” ante el estalinismo de la que hubo ante los Hohenzollern en la política de Marx y Engels. Casi no es necesario añadir que el papel de los Hohenzollern en la guerra de 1870-71 no justificó ni el papel histórico general de la dinastía ni, mucho menos, su existencia.

Derrotismo coyuntural o el huevo de Colón

Permítasenos ahora observar cómo Shachtman, auxiliado por un vacío teórico, opera con las “realidades de los acontecimientos vivos” en una cuestión especialmente vital. Escribe: “Nunca hemos apoyado la política internacional del Kremlin... Pero, ¿qué es la guerra? La guerra es la continuación de la política por otros medios. Entonces, ¿por qué habríamos de apoyar la guerra que es la continuación de la política internacional que

nosotros no apoyamos?” (Loc. cit. p. 15.) No se puede negar lo completo de este argumento; bajo la forma de un sencillo silogismo, se nos pone aquí frente a una acabada teoría de *derrotismo*. ¡Tan sencillo como el huevo de Colón! Puesto que nunca hemos apoyado la política internacional del Kremlin, no debemos *nunca* apoyar a la URSS. Entonces, ¿por qué no decirlo?

Nosotros rechazamos las políticas interna e internacional del Kremlin ya antes del pacto soviético-alemán y antes de la invasión de Polonia por el Ejército Rojo. Esto significa que las “realidades de los acontecimientos vivos” del año pasado no tienen la menor relación con el caso. Si fuimos defensores en el pasado con respecto a la URSS, sólo fue como resultado de la inconsistencia. Shachtman revisa no sólo la política actual de la Cuarta Internacional, sino también la del pasado. Puesto que estamos contra Stalin debemos estar, por tanto, también contra la URSS, Stalin hace mucho tiempo que sostiene esta opinión. Shachtman ha llegado a ella sólo recientemente. De su rechazo de la política del Kremlin, se deduce un derrotismo total e indivisible. Entonces, ¿por qué no decirlo!

Pero Shachtman no consigue convencerse con decirlo. En un pasaje anterior escribe: “Decíamos [la minoría continúa diciéndolo] que, si los imperialistas asaltaban a la Unión Soviética con el propósito de aplastar la última conquista de la Revolución de Octubre y reducir a Rusia a un mosaico de colonias, apoyaríamos incondicionalmente a la Unión Soviética.” (Loc. cit. p. 15) ¡Un momento, un momento! La política internacional del Kremlin es reaccionaria; la guerra es la continuación de su política reaccionaria. ¿Cómo es, pues, que resulta inesperadamente que, si los perversos imperialistas “asaltan” la URSS y si los perversos imperialistas persiguen el poco recomendable propósito de transformarla en una colonia, cómo es que bajo semejantes “condiciones” excepcionales defenderá Shachtman a la URSS... “incondicionalmente”? ¿Qué tiene esto de sensato? ¿Dónde está la lógica? ¿O es que Shachtman, siguiendo el ejemplo de Burnham, también ha relegado la lógica a la esfera de la religión y de otros artículos de museo?

La clave de este embrollo de confusión estriba en el hecho de que la declaración: “Nunca hemos apoyado la política internacional del Kremlin” es una abstracción. Debe ser diseccionada y concretada. En su actual política, tanto interior como exterior, la burocracia coloca en primer y principal lugar la defensa de sus propios intereses parasitarios. En esa medida, sostenemos una lucha mortal contra ella; pero, en último análisis, a través de los intereses de la burocracia, de una forma muy retorcida, se reflejan los intereses del estado obrero. Nosotros defendemos estos intereses, con nuestros propios métodos. Así, no luchamos de ningún modo contra el hecho de que la burocracia salvaguarde (¡a su modo!) la propiedad estatal, el monopolio del comercio exterior o se niegue a pagar las deudas zaristas. Sin embargo, en una guerra entre la URSS y el mundo capitalista (independientemente de los incidentes que hubieren llevado a la guerra o de los “fines” de este o de aquel gobierno) lo que se debate es el destino de precisamente aquellas conquistas históricas que nosotros defendemos incondicionalmente, es decir, a pesar de la política reaccionaria de la burocracia. En consecuencia, la cuestión se reduce (*en última y decisiva instancia*) a la naturaleza de clase de la URSS.

Lenin dedujo la política del derrotismo del carácter imperialista de la guerra; pero no se detuvo ahí. Dedujo el carácter imperialista de la guerra de una etapa específica en el desarrollo del régimen capitalista y de su clase dominante. Puesto que el carácter de la guerra está determinado precisamente por el carácter de clase de la sociedad y del estado, Lenin recomendó que, al determinar nuestra política frente a la guerra imperialista, nos abstrajéramos de circunstancias “concretas” tales como la democracia y la monarquía, la agresión y la defensa nacional. En oposición a esto, Shachtman propone que deduzcamos el derrotismo de las condiciones coyunturales. Este derrotismo es indiferente al carácter

de clase de la URSS y de Finlandia. Le bastan los rasgos reaccionarios de la burocracia y la “agresión”. Si Francia, Inglaterra o Estados Unidos mandan aeroplanos y cañones a Finlandia, esto no tiene nada que ver en la determinación de la política de Shachtman. Pero si las tropas británicas desembarcan en Finlandia, entonces Shachtman pondrá un termómetro bajo la lengua de Chamberlain y determinará sus intenciones, ya sea que se proponga sólo salvar a Finlandia de la política imperialista del Kremlin, ya sea que, además, se proponga derrocar la “última conquista de la Revolución de Octubre”. Estrictamente de acuerdo con la lectura del termómetro, Shachtman, el derrotista, está listo para transformarse en defensor. Esto es lo que él quiere decir con sustituir los principios abstractos por las “realidades de los acontecimientos vivos”.

Shachtman, como ya hemos visto, exige insistentemente la cita de precedentes: ¿cuánto y dónde han manifestado en el pasado los líderes de la oposición su oportunismo pequeñoburgués? La respuesta que ya le he dado sobre este punto debo complementarla con dos cartas que intercambiamos sobre la cuestión del defensismo y de los métodos del defensismo en relación con los acontecimientos de la revolución española. El 18 de septiembre de 1937, Shachtman me escribió:

“...Usted dice: “si tuviéramos un miembro en las Cortes, votaría contra el presupuesto militar de Negrín”. A menos que esto sea un error tipográfico esto nos parece un non-sequitur. Si (en lo que estamos todos de acuerdo) el *elemento de una guerra imperialista* no es dominante actualmente en la lucha española, y si, en cambio, el elemento decisivo es todavía la lucha entre la democracia burguesa que se descompone, con todo lo que ello significa, por una parte, y el fascismo por la otra, y si, además, estamos obligados a prestar apoyo militar a la lucha contra el fascismo, no vemos cómo sería posible votar en las Cortes contra el presupuesto militar... Si un camarada socialista del frente de Huesca le preguntara a un bolchevique-leninista por qué su representante en las Cortes votó contra la proposición de Negrín para dedicar un millón de pesetas a la compra de rifles para el frente, ¿qué contestaría este bolchevique-leninista? Nos parece que no tendría una respuesta efectiva...” (Subrayado por mí. L. T.)

Esta carta me asombró. Shachtman quería otorgarle confianza al pérfido gobierno de Negrín sobre la base puramente negativa de que “el elemento de una guerra imperialista” no era dominante en España.

El 20 de septiembre de 1937, le contesté a Shachtman:

“Votar el presupuesto militar del gobierno de Negrín significa votarle nuestra confianza política... Hacerlo sería un crimen. ¿Cómo explicaríamos nuestro voto a los obreros anarquistas? Muy simplemente: no tenemos la menor confianza en la capacidad de este gobierno para conducir la guerra y asegurar la victoria. Acusamos a este gobierno de proteger a los ricos y de dejar morir de hambre a los pobres. Este gobierno debe ser derrocado. Hasta tanto no seamos suficientemente fuertes para reemplazarlo luchamos bajo su mando. Pero en toda ocasión expresamos abiertamente nuestra falta de confianza en él: es la única posibilidad de movilizar *políticamente* a las masas contra este gobierno y preparar su derrocamiento. Cualquier otra política sería una traición a la revolución.”

El tono de mi respuesta refleja muy débilmente el... asombro que me produjo la posición oportunista de Shachtman. Los errores aislados son, naturalmente, inevitables, pero ahora, dos años y medio después, esta correspondencia se ilumina con nueva luz. Puesto que defendemos la democracia burguesa contra el fascismo, razona Shachtman, no podemos rehusar, por lo tanto, nuestra confianza al gobierno burgués. Al aplicar este mismo teorema a la URSS, se transforma en su opuesto: puesto que no otorgamos ninguna confianza al gobierno del Kremlin, no podemos, por lo tanto, defender el estado obrero. El pseudorradicalismo es, también en este caso, el reverso del oportunismo.

Renuncia al criterio de clase

Permítasenos volver una vez más al ABC. En la sociología marxista, el punto inicial de análisis de un fenómeno dado, por ejemplo, estado, partido, tendencia histórica, escuela literaria etcétera, es su definición de *clase*. En la mayor parte de los “casos, sin embargo, la simple definición de clase es inadecuada ya que una clase se compone de diferentes estratos, pasa por diferentes fases de desarrollo, se encuentra bajo diferentes condiciones, está sujeta a la influencia de otras clases. Se hace necesario tomar en cuenta factores de segundo y tercer orden, con el objeto de redondear el análisis; según el propósito específico, se toman ya sea parcial o completamente. Pero, para un marxista, el análisis es imposible sin una caracterización de clase del fenómeno que se considere.

El sistema esquelético y muscular no agota la anatomía de un animal; sin embargo, un tratado de anatomía que intentara “abstraerse” de los huesos y de los músculos, se columpiaría en el aire. La guerra no es un órgano, sino una función de la sociedad, es decir, de su clase dominante. Es imposible definir y estudiar una función sin comprender el órgano, es decir, el estado; es imposible conseguir un entendimiento científico del órgano sin comprender la estructura general del organismo, es decir la sociedad. Los huesos y músculos de la sociedad están constituidos por las fuerzas productivas y las relaciones (de propiedad) de clase. Sostiene Shachtman que es posible que una función, la guerra, pueda ser estudiada “concretamente”, de modo independiente del órgano al cual pertenece, es decir, el estado. ¿No es esto monstruoso?

Este error fundamental se complementa con otro igualmente evidente. Después de separar la función del órgano, Shachtman, al estudiar la función misma, en contra de todas sus promesas, procede, no de lo abstracto a lo concreto, sino, al contrario, disuelve lo concreto en lo abstracto. La guerra *imperialista* es una de las funciones del capital financiero, es decir, de la burguesía que, llegada a cierta fase de desarrollo, se apoya sobre un capitalismo de estructura específica, o sea, el capital monopolista. Esta definición es suficientemente concreta para nuestras conclusiones políticas básicas. Pero al extender el término de guerra *imperialista* hasta cubrir también el estado soviético, Shachtman socava el terreno bajo sus propios pies. Con el fin de encontrar una justificación, aunque sea superficial, para aplicar la misma designación a la expansión del capital financiero y a la expansión del estado obrero, Shachtman se ve obligado a desprenderse de la estructura social de ambos estados en conjunto, proclamando que es... una abstracción. Así, jugando al escondite con el marxismo, Shachtman designa lo concreto como abstracto y ¡escamotea lo abstracto como concreto!

Este juego escandaloso con la teoría no es accidental. En Estados Unidos, todo pequeñoburgués, sin excepción, está listo para llamar “imperialista” cualquier ocupación de territorio, especialmente ahora que Estados Unidos no están ocupados en conquistar territorios. Pero si se dice a este mismo pequeñoburgués que toda la política exterior del capital financiero es imperialista, ya sea que se lleve o no a cabo, en el momento dado, una anexión o la “defensa” de Finlandia contra la anexión, entonces, nuestro pequeñoburgués dará un brinco de fervorosa indignación. Naturalmente, los líderes de la oposición difieren considerablemente del pequeñoburgués medio en su propósito y en su nivel político; pero, desgraciadamente, tienen raíces comunes de pensamiento. Un pequeño burgués, invariablemente, trata de separar los acontecimientos políticos de su base social, ya que existe un conflicto orgánico entre un análisis clasista de los hechos y la posición social y la educación de la pequeña burguesía.

Una vez más: Polonia

Mi observación de que el Kremlin, con sus métodos burocráticos, daba un impulso a la revolución socialista en Polonia, es convertida por Shachtman en una afirmación de

que, a mi manera de ver, una “revolución burocrática” del proletariado es presumiblemente posible. Esto no sólo es incorrecto, sino desleal. Mi expresión estaba rígidamente limitada. No se trata de “revolución burocrática”, sino solamente de un impulso burocrático. Negar este impulso es negar la realidad. Las masas populares de Ucrania Occidental y de Bielorrusia, en todo caso, sintieron este impulso, entendieron su significado y lo utilizaron para llevar a cabo una transformación drástica en las relaciones de propiedad. Un partido revolucionario que no se diera cuenta de este impulso a tiempo y que rehusara utilizarlo, no sería bueno más que para arrojarlo al cubo de basura.

Este impulso en dirección de la revolución socialista fue posible sólo porque la burocracia de la URSS se apoya y tiene sus raíces en la economía de un estado obrero. La utilización revolucionaria de este “impulso” por los ucranianos y bielorrusos fue posible sólo mediante la lucha de clases en los territorios ocupados y mediante la fuerza del ejemplo de la Revolución de Octubre. Finalmente, el rápido estrangulamiento o semiestrangulamiento de este movimiento revolucionario de masas fue posible en virtud de su aislamiento y del poder de la burocracia de Moscú. Quien no sea capaz de entender la acción dialéctica de estos tres factores: estado obrero, masas oprimidas y burocracia bonapartista, haría mejor en abstenerse de palabrerías sobre los acontecimientos de Polonia.

En las elecciones para la Asamblea Nacional de la Ucrania Occidental y de Bielorrusia Occidental, el programa electoral, dictado, naturalmente, por el Kremlin, incluyó tres puntos extremadamente importantes: inclusión de ambas provincias en la Federación de la URSS; confiscación de los latifundios a favor de los campesinos; y nacionalización de la gran industria y de los bancos. Los demócratas ucranianos, a juzgar por su conducta, consideraron un mal menor estar unificados bajo la jurisdicción de un solo estado. Y desde el punto de vista de la futura lucha por 1ª independencia, están en lo justo. En cuanto a los otros dos puntos del programa, uno pensaría que no podía haber ninguna duda entre nosotros sobre su carácter progresista. Tratando de pasar a un lado de la realidad, es decir, de que no fue nada más sino las bases sociales de la URSS las que impusieron al Kremlin un programa social revolucionario, Shachtman hace referencia a Letonia, Lituania y Estonia, donde todo ha permanecido como antes. ¡Argumento increíble! Nadie ha dicho que la burocracia soviética *siempre y por doquier*, quiera o sea capaz de llevar a cabo la expropiación de la burguesía. Lo único que decimos es que ningún otro gobierno podría haber realizado la transformación social que la burocracia del Kremlin, a pesar de su alianza con Hitler, se vio obligada a sancionar en Polonia del Este. De no hacerlo, no habría podido incluir el territorio en la Federación de la URSS.

Shachtman se da por enterado del derrocamiento mismo. No puede negarlo. Es incapaz de explicarlo. Pero, sin embargo, trata de salvar la cara. Escribe: “En la Ucrania polaca y en la Rusia Blanca, donde la explotación de clase se intensificó con la opresión nacional... los campesinos comenzaron a tomar la tierra por ellos mismos y a arrojar a los terratenientes que ya comenzaban a huir”, etc. (Loc. cit. p. 16.) Resulta que el Ejército Rojo no tuvo nada que ver con todo esto. Vino a Polonia sólo como “una fuerza contrarrevolucionaria”, con el propósito de suprimir el movimiento. Entonces, ¿por qué los obreros y campesinos de Polonia Occidental, tomada por Hitler, no organizaron una revolución? ¿Por qué fueron principalmente revolucionarios “demócratas” y judíos los que huyeron de allí, mientras que de Polonia Oriental fueron principalmente terratenientes y capitalistas quienes huyeron? Shachtman no tiene tiempo para pensar en esto: está muy apurado explicándome que la concepción de la “revolución burocrática” es absurda, ya que la emancipación de los trabajadores sólo pueden llevarla a cabo los trabajadores mismos. ¿No estoy en lo justo al repetir que Shachtman siente ostensiblemente que está dentro de una guardería?

En el órgano parisino de los mencheviques (quienes, si eso es posible, son todavía más “irreconciliables” en su actitud hacia la política exterior del Kremlin que Shachtman) se informa que “en las aldeas, muy frecuentemente con la simple aproximación de las tropas soviéticas [es decir, aun antes de su entrada en un distrito dado. L. T.], surgieron comités campesinos por todas partes, órganos elementales del autogobierno revolucionario campesino...”. Las autoridades militares se apresuraron, claro está, a subordinar estos comités a los órganos burocráticos establecidos por ellas en los centros urbanos. Sin embargo, se vieron obligados a apoyarse en los comités campesinos, puesto que sin ellos era imposible llevar a cabo la revolución agraria.

El líder de los mencheviques, Dan, escribió el 19 de octubre: “De acuerdo con el testimonio unánime de todos los observadores, la aparición del ejército y de la burocracia soviéticos provocó, no sólo en el territorio ocupado por ellos sino más allá de sus límites, un impulso (!!!) al desorden social y a las transformaciones sociales.” El “impulso”, como puede verse, no fue inventado por mí, sino por “el testimonio unánime de todos los observadores” dotados de ojos y oídos. Dan va todavía más lejos y expresa la suposición de que “las oleadas engendradas por este impulso no sólo afectarán al poderío alemán en un lapso relativamente corto de tiempo, sino que también, en grado mayor o menor, envolverán a otros estados”¹⁶.

Otro autor menchevique escribe: “A pesar de lo que hayan podido intentar en el Kremlin para evitar cualquier cosa que pudiera saber a la gran revolución, el mismo hecho de la entrada de las tropas soviéticas en los territorios de Polonia Oriental, con sus viejas relaciones agrarias semif feudales, tenían que provocar un tempestuoso movimiento agrario. Con la aproximación de las tropas soviéticas, los campesinos comenzaron a tomar los latifundios de los terratenientes y a formar comités campesinos”. Observen: con la aproximación de las tropas soviéticas, y de ningún modo con su expulsión, como debiera ser de acuerdo con las palabras de Shachtman. Cito el testimonio de los mencheviques porque están muy bien informados, con fuentes de información procedentes de los emigrados judíos y polacos llegados a Francia y con quienes están en amistosos términos, y también porque como estos caballeros han capitulado ante la burguesía francesa, no puede sospecharse que hayan capitulado ante el estalinismo.

El testimonio de los mencheviques, por lo demás, se confirma con los informes de la prensa burguesa.

“La revolución agraria en la Polonia soviética ha tenido la fuerza de un movimiento espontáneo. Tan pronto como se extendió la noticia de que el Ejército Rojo había cruzado el río Zbrucz, los campesinos comenzaron a repartir entre ellos las hectáreas de los terratenientes. Se dio la tierra primero a los pequeños propietarios y así se expropió cerca de un 30 por ciento de la tierra laborable.” (*NY Times*, 17 de enero de 1940). Como si se tratara de un nuevo argumento, Shachtman me lanza mis propias palabras para sostener que la expropiación de los terratenientes en Polonia Oriental no puede alterar nuestra apreciación de la política *general* del Kremlin. ¡Claro que no! Nadie lo ha propuesto. Con la ayuda de la Internacional Comunista, el Kremlin ha desorientado y desmoralizado a la clase obrera, de forma que no sólo ha facilitado el estallido de una nueva guerra imperialista, sino que también ha hecho extremadamente difícil la utilización de esta guerra para la revolución. Comparada con aquellos crímenes, la transformación social en las dos provincias, que fue pagada con creces por la esclavitud de Polonia, es, naturalmente, de importancia secundaria, y no puede alterar el carácter general reaccionario de la política del Kremlin. Pero, por iniciativa de la misma oposición, la cuestión ahora planteada no es de política general, sino de su refracción concreta bajo

¹⁶ En *Sotsialisticherski Vestnik*, diario menchevique, octubre de 1939 [y las siguientes]. ED.

condiciones específicas de tiempo y de lugar. Para los campesinos de Galitzia y de Bielorrusia Occidental la transformación agraria fue de la mayor importancia. La Cuarta Internacional no podía haber boicoteado esta transformación sobre la base de que la iniciativa fue tomada por la burocracia reaccionaria. Nuestro estricto deber era participar en la transformación, junto a los obreros y campesinos, y en esa medida, junto al Ejército Rojo. Al mismo tiempo, era indispensable prevenir incansablemente a las masas sobre el carácter reaccionario general de la política del Kremlin y de aquellos peligros que eso entraña para los territorios ocupados. Saber cómo combinar estas dos tareas o, más precisamente, los dos aspectos de una misma tarea, precisamente esta es la política bolchevique.

Una vez más: Finlandia

Habiendo revelado tan singular perspicacia para entender los acontecimientos de Polonia, Shachtman se lanza sobre mí con autoridad redoblada, en relación con los acontecimientos de Finlandia. En mi artículo “Una oposición pequeñoburguesa”¹⁷ escribí que “la guerra soviético-finlandesa está comenzando aparentemente a ser complementada por una guerra civil, en la que el Ejército Rojo se encuentra en la fase dada en el mismo campo que los pequeños campesinos y los obreros finlandeses...” Esta fórmula extremadamente cauta no encontró la aprobación de mi implacable juez. Mi valoración de los acontecimientos de Polonia lo había sacado de quicio. “Encuentro todavía menos [pruebas] para sus (¿cómo tendré que decir?) asombrosas observaciones acerca de Finlandia”, escribe Shachtman en la página 16 de su “Carta”. Me apena que Shachtman prefiera asombrarse a pensar algo sobre ello.

En los estados bálticos, el Kremlin limitó su labor a conseguir ventajas estratégicas con el cálculo indiscutible de que en el futuro estas bases militares estratégicas también permitirán la soviétización de estas antiguas partes del imperio zarista. Estos éxitos en el Báltico, conseguidos por la amenaza diplomática, se encontraron, sin embargo, con la resistencia de Finlandia. Someterse a esta resistencia habría significado para el Kremlin poner en peligro su “prestigio” y, por lo tanto, sus éxitos en Estonia, Letonia y Lituania. Así, contrariando sus planes iniciales, el Kremlin se vio obligado a recurrir a la fuerza armada. De este hecho, cualquier persona que piense, se preguntaría: ¿Pretende el Kremlin sólo atemorizar a la burguesía finlandesa y forzarla a hacer concesiones, o irá ahora más lejos?

A esta pregunta, claro que no puede haber una respuesta “automática”. Era necesario (a la luz de las tendencias generales) orientarse, a base de síntomas concretos. Los líderes de la oposición son incapaces de esto.

Las operaciones militares comenzaron el 30 de noviembre. Ese mismo día, el Comité Central del Partido Comunista Finlandés, indudablemente situado en Leningrado o en Moscú, lanzó un manifiesto por radio al pueblo trabajador de Finlandia. Este manifiesto proclamaba: “Por segunda vez en la historia de Finlandia, la clase obrera finlandesa entabla una lucha contra el yugo de la plutocracia. La primera experiencia de los obreros y campesinos, en 1918, terminó con la victoria de los capitalistas y terratenientes. Pero esta vez... ¡el pueblo trabajador tendrá que vencer!” Este manifiesto indicaba claramente por sí solo que no existía ningún intento de atemorizar al gobierno burgués de Finlandia, sino un plan para provocar la insurrección en el país y completar la invasión del Ejército Rojo con la guerra civil.

La declaración del llamado Gobierno Popular, publicada el 2 de diciembre, afirma: “En diferentes partes del país, el pueblo se ha levantado ya y proclamado la

¹⁷ “Una oposición pequeñoburguesa en el Socialist Workers Party”, en esta misma serie de nuestras EIS.

creación de una república democrática”. Esta afirmación es obviamente un invento; de otro modo, el manifiesto habría mencionado los sitios en que se habían llevado a cabo los intentos de insurrección. Es posible, sin embargo, que intentos aislados, preparados desde fuera, hayan terminado en el fracaso, y por eso precisamente haya parecido mejor no entrar en detalles. En cualquier caso, las noticias referentes a “insurrecciones” constituyeron un llamamiento a la insurrección. Por lo demás, la declaración contenía información concerniente a la formación del “primer cuerpo finlandés, que en el curso de las próximas batallas será engrosado por voluntarios de las filas de obreros y campesinos revolucionarios”. Hubiese mil hombres en este “cuerpo”, o fueran sólo cien, el significado del “cuerpo” en la determinación de la política del Kremlin fue indiscutible. Al mismo tiempo, despachos cablegráficos informaban de la expropiación de grandes terratenientes en las regiones fronterizas. No existe la menor duda de que esto es exactamente lo que aconteció durante el primer avance del Ejército Rojo. Pero aun cuando estos despachos fueran considerados invenciones, conservan, enteramente, su significado como llamamiento para una revolución agraria. De ese modo, yo tenía todo derecho para, declarar que “la guerra soviético-finlandesa está comenzando aparentemente a ser complementada por una guerra civil”. A principios de diciembre, es verdad, sólo tenía a mi disposición una parte de estos hechos. Pero sobre el fondo de la situación general y, me tomo la libertad de añadir, con la ayuda de una comprensión de su lógica interna, los síntomas aislados me permitieron extraer las conclusiones necesarias respecto a la dirección de toda la lucha. Sin semejantes conclusiones casi a priori, se podrá ser un observador que razona, pero en ningún caso un participante activo de los acontecimientos. Pero, ¿por qué el llamamiento del “Gobierno Popular” no consiguió una respuesta inmediata de las masas? Por tres razones: 1º) Finlandia está completamente dominada por un aparato militar reaccionario, sostenido no sólo por la burguesía sino también por las capas altas del campesinado y por la burocracia obrera; 2º) la política del Kremlin logró transformar al Partido Comunista Finlandés en un factor insignificante; 3º) el régimen de la URSS de ningún modo es capaz de levantar el entusiasmo entre las masas trabajadoras finlandesas. Aun en Ucrania, entre 1918 y 1920, los campesinos respondieron muy lentamente a los llamamientos para tomar los latifundios de los terratenientes, porque el poder local soviético era todavía débil y cada triunfo de los blancos traía consigo cruentas persecuciones punitivas. Tanto menos sorprendente es que los campesinos pobres finlandeses tardaran en responder a un llamamiento para una revolución agraria. Para poner a los campesinos en movimiento, se requerían triunfos importantes del Ejército Rojo. Pero durante el primer mal preparado avance, el Ejército Rojo sólo sufrió derrotas. Bajo tales condiciones ni siquiera era posible hablar de un levantamiento campesino. Era imposible esperar una guerra civil independiente en Finlandia en el estadio en cuestión: mis cálculos hablaban muy precisamente de complementar las operaciones militares con medidas de guerra civil. Tengo en la mente (por lo menos hasta que el ejército finlandés sea aniquilado) sólo el territorio ocupado y las regiones adyacentes. Hoy, 17 de enero, mientras escribo estas líneas, despachos de fuente finlandesa informan que una de las provincias fronterizas ha sido invadida por destacamentos de emigrados finlandeses y de que, literalmente, hermano a hermano se están matando allí. ¿Qué es esto sino un episodio de una guerra civil? En todo caso, no puede dudarse de que un nuevo avance del Ejército Rojo en Finlandia confirmará a cada paso nuestra apreciación general de la guerra. Shachtman no tiene ni un análisis de los acontecimientos, ni la insinuación de un pronóstico. Él se limita a la noble indignación y por esta razón a cada paso se hunde más en el cieno.

El llamamiento del “Gobierno Popular” proponía el control obrero. ¿Qué puede significar esto! (exclama Shachtman). No existe control obrero en la URSS, ¿de dónde

llegará a Finlandia? Es triste decirlo, pero Shachtman revela una completa falta de comprensión de la situación. En la URSS, el control obrero es una fase consumada hace largo tiempo. Del control sobre la burguesía pasaron allí a la gestión de la producción nacionalizada. De la gestión de los obreros, al mando de la burocracia. Un nuevo control obrero significaría ahora un control sobre la burocracia. Esto no puede establecerse salvo como resultado de un levantamiento victorioso contra la burocracia. En Finlandia, el control obrero todavía significa nada más que arrojar a la burguesía nativa, cuyo sitio se propone ocupar la burocracia. Por lo demás, no se puede pensar que el Kremlin sea tan estúpido como para intentar gobernar Polonia Oriental o Finlandia por medio de comisarios importados. Para el Kremlin, es de la mayor urgencia extraer un nuevo aparato administrativo de entre la población trabajadora de las áreas ocupadas. Esta tarea sólo puede resolverse en varias etapas. La primera, son los comités campesinos y los comités de control obrero.¹⁸

Shachtman se aferra ansiosamente incluso al hecho de que el programa de Kuusinen “es, formalmente, el programa de una “democracia” burguesa”. ¿Quiere decir con esto que el Kremlin se interesa más, en establecer una democracia burguesa en Finlandia que en incluir a ésta dentro de la estructura de la URSS? Shachtman mismo no sabe lo que quiere decir. En España, que Moscú no se preparaba a fusionar con la URSS, de lo que se trató en realidad fue de demostrar la capacidad del Kremlin para salvaguardar la democracia burguesa contra la revolución proletaria. Esta tarea dimanaba de los intereses de la burocracia del Kremlin en aquella situación internacional particular. Hoy, la situación es distinta. No se prepara el Kremlin a demostrar su utilidad a Francia, Inglaterra y Estados Unidos como lo han demostrado sus acciones, está firmemente decidido a soviétizar Finlandia en una o en dos etapas. El programa de gobierno de Kuusinen, aunque se lo analice desde el punto de vista “formal”, no se diferencia del programa de los bolcheviques en noviembre de 1917. Ciertamente, Shachtman explota mucho el hecho de que yo generalmente dé importancia al manifiesto del “idiota” Kuusinen. Sin embargo, me tomaré la libertad de considerar que el “idiota” Kuusinen, al actuar bajo el ucase de Kremlin y con el apoyo del Ejército Rojo, representa un factor político mucho más serio que el que representan sabihondos superficiales que se niegan a pensar a través de la lógica interna (dialéctica) de los acontecimientos.

Como resultado de su notable análisis, Shachtman propone abiertamente esta vez, una política derrotista en relación a la URSS, y añade (para caso de emergencia) que no deja de ser de ningún modo, un “patriota de su clase”. Nos place mucho la información. Lo malo es que Dan, líder de los mencheviques, el 12 de noviembre escribió que en el caso de que la Unión Soviética invadiera Finlandia, el proletariado mundial “debe tomar una posición derrotista definitiva en relación con esa violación” (*Sozialisticheski Vestnik*, nº 19-20, pág. 43). Es necesario añadir que a lo largo del régimen de Kerensky, Dan fue un rabioso defensor; no consiguió ser derrotista ni siquiera bajo el zar. Sólo la invasión

¹⁸ Este artículo estaba ya escrito cuando leí en el *New York Times* del 17 de enero las líneas siguientes relativas al este de Polonia. “En la industria, todavía no se han realizado actos de expropiación a gran escala. Los principales centros bancarios, la red de ferrocarriles, y muchas de las grandes empresas industriales fueron estatizados años antes de la ocupación rusa. En las industrias pequeñas y medianas, los trabajadores ejercen ahora el control sobre la producción.

Los industriales conservan nominalmente el pleno derecho de propiedad de sus establecimientos, pero están obligados a someter los informes sobre costes de producción, etc., a la consideración de los delegados de los trabajadores. Estos últimos, junto con los patronos, fijan los sueldos, las condiciones de trabajo y una “justa ganancia” para los industriales.”

Vemos que “la realidad de los hechos vivos” no se somete en absoluto a los modelos sin vida de los dirigentes de la oposición. Mientras tanto, nuestras abstracciones se están convirtiendo en carne y sangre. (Nota de Trotsky.)

de Finlandia por el Ejército Rojo ha convertido a Dan en derrotista. Naturalmente, no por eso ha dejado de ser “un patriota de su clase”. ¿Qué clase? Esta cuestión no carece de interés. Shachtman no está de acuerdo con Dan en lo que se refiere al análisis de los acontecimientos, y que éste, por encontrarse más cerca del teatro de la acción no puede sustituir los hechos por la ficción; en forma de compensación, en lo que se refiere a las “conclusiones políticas concretas”, Shachtman ha resultado ser un “patriota” de la mismísima clase que Dan. Esta clase, en sociología marxista, si la oposición me lo permite, se llama pequeña burguesía.

La teoría de los “bloques”

Para justificar su bloque con Burnham y Abern (contra el ala proletaria del partido, contra el programa de la Cuarta Internacional y contra el método marxista), Shachtman no ha prescindido de la historia del movimiento revolucionario, que (según sus palabras) estudió especialmente a fin de transmitir grandes tradiciones a la joven generación. La finalidad es, naturalmente, excelente. Pero exige un método científico. Mientras tanto, Shachtman ha empezado por sacrificar el método científico en aras de un bloque. Sus ejemplos históricos son arbitrarios, no meditados, y categóricamente falsos.

No toda colaboración es un bloque en el sentido propio de la palabra. No poco frecuentes son los acuerdos episódicos que de ningún modo se transforman y que no se debe tratar de transformar en un bloque prolongado. Por otra parte, la pertenencia a un mismo partido, difícilmente puede llamarse un bloque. Nosotros, junto al camarada Burnham, hemos pertenecido (y espero que seguiremos perteneciendo hasta el final) a un mismo partido internacional; pero esto todavía no es un bloque. Dos partidos pueden convenir en un bloque a largo plazo para luchar juntos contra un enemigo común: tal fue la política del “Frente Popular”. Tendencias próximas, pero no idénticas, dentro de un mismo partido, pueden convenir en formar un bloque contra una tercera fracción.

Para estimar los bloques internos del partido, son de importancia decisiva dos cuestiones: 1) Primero y, sobre todo, ¿en contra de quién o de qué está dirigido el bloque? 2) ¿Cuál es la relación de fuerzas dentro del bloque? Así, para una lucha contra el chovinismo dentro del propio partido, está enteramente permitida la formación de un bloque entre internacionalistas y centristas. El resultado del bloque dependería en este caso, de la claridad del programa de los internacionalistas, de su cohesión y disciplina, ya que estos rasgos frecuentemente son más importantes para determinar la relación de fuerzas que su fuerza numérica.

Como dijimos antes, Shachtman apela al bloque de Lenin con Bogdanov. Ya he afirmado que Lenin no hizo ni las más ligeras concesiones teóricas a Bogdanov. Ahora examinaremos el aspecto político del “bloque”. Primeramente, es necesario establecer que de lo que en realidad se trató no fue de un bloque, sino de una colaboración en una organización común. La fracción bolchevique desarrollaba una existencia independiente. Lenin no formó un “bloque” con Bogdanov contra otras tendencias dentro de su propia organización. Por el contrario, formó un bloque aun con los bolcheviques conciliadores (Dubrovinsky, Ríkov y otros) contra las herejías teóricas de Bogdanov. En esencia, la cuestión, en lo que se refiere a Lenin, era si sería posible continuar con Bogdanov en una misma organización que, a pesar de llamarse “fracción”, tenía todos los rasgos de un partido. Si Shachtman no considera a la oposición como una organización independiente, entonces su referencia al “bloque” Lenin-Bogdanov se hace añicos.

Pero el error en la analogía no se limita a esto. La fracción-partido bolchevique desarrollaba una lucha contra el menchevismo, que en esa época ya se había revelado completamente como una agencia pequeñoburguesa de la burguesía liberal. Esto era mucho más serio que la acusación de supuesto “conservadurismo burocrático”, cuyas

raíces de clase Shachtman ni siquiera intenta definir. La colaboración de Lenin con Bogdanov fue una colaboración entre una tendencia proletaria y una tendencia centrista sectaria, contra el oportunismo pequeñoburgués. Las líneas de clase están claras. El “bloque” (si se usa este término en el caso dado) estaba justificado.

La historia posterior del “bloque” no carece de importancia. En la carta a Gorki citada por Shachtman, Lenin expresaba la esperanza de que sería posible separar las cuestiones políticas de las puramente filosóficas. Shachtman se olvida de decir que la esperanza de Lenin no se materializó de ningún modo. Se desarrollaron diferencias desde las cimas de la filosofía hasta abajo, en todas las demás cuestiones, inclusive las más rutinarias. Si el “bloque” no desacreditó al bolchevismo sólo fue porque Lenin tenía un programa acabado, un método correcto, una fracción firmemente soldada, en la cual el grupo de Bogdanov constituía una pequeña minoría inestable.

Shachtman ha constituido un bloque con Burnham y Abern contra el ala proletaria de su propio partido. Es imposible negarlo. La relación de fuerzas dentro del bloque está enteramente en contra de Shachtman. Abern tiene su propia fracción. Burnham, con ayuda de Shachtman, puede crear un remedo de fracción integrada por los intelectuales desilusionados del bolchevismo. Shachtman no tiene ningún programa independiente, ningún método independiente, ninguna fracción independiente. El carácter ecléctico del “programa” de la oposición está determinado por las tendencias contradictorias dentro del bloque. En caso de que el bloque se colapse (y el colapso es inevitable) Shachtman saldrá de la lucha sin otra cosa que daño para el partido y para sí mismo.

Shachtman apela además al hecho de que, en 1917, Lenin y Trotsky se unieron, después de una larga lucha, y que más tarde habría sido incorrecto recordarles sus diferencias pasadas. Este ejemplo se encuentra un poco comprometido por el hecho de que Shachtman lo utilizó ya una vez, antes, para explicar su bloque con... Cannon, contra Abern. Pero además de esta desagradable circunstancia, la analogía histórica es falsa hasta la médula. Al unirse al partido bolchevique Trotsky reconoció completamente y con toda lealtad la corrección de los métodos leninistas de construcción del partido. Al mismo tiempo, la irreconciliable tendencia de clase del bolchevismo había corregido un pronóstico incorrecto. Si yo no suscité nuevamente la cuestión de la “revolución permanente” en 1917, fue porque había sido ya decidida para ambos bandos por la marcha de los acontecimientos. La base para el trabajo conjunto fue constituida no por combinaciones subjetivas o episódicas, sino por la revolución proletaria. Esta es una sólida base. Además, de lo que se trataba aquí no era de un “bloque”, sino de la unificación en un solo partido, contra la burguesía y sus agentes pequeñoburgueses. Dentro del partido, el bloque de octubre de Lenin y Trotsky estaba dirigido en contra de las vacilaciones pequeñoburguesas sobre la cuestión de la insurrección.

Igual de superficial es la referencia de Shachtman al bloque de Trotsky con Zinóviev en 1926. La lucha en esa época estaba dirigida no contra el “conservadurismo burocrático” como rasgo psicológico de unos cuantos individuos antipáticos, sino contra la más poderosa burocracia del mundo, sus privilegios, su gobierno arbitrario y su política reaccionaria. El radio de diferencias permitidas en un bloque está determinado por el carácter del adversario.

La relación de elementos dentro del bloque era igualmente diferente en todo. La oposición de 1923¹⁹ tenía su propio programa y sus propios cuadros, en ningún modo

¹⁹ La Oposición de 1923, llamada Oposición de Izquierda, reunía, sobre la doble exigencia de la planificación económica y la democratización de la vida del partido, a una vasta capa de cuadros del partido, cuyo núcleo, homogéneo, constituiría el núcleo de los “trotskistas”. La oposición de 1926 u Oposición Unificada (aquí todavía designada con el vocablo “Trotsky-Zinóviev”) reunió sobre una plataforma mínima

compuestos de intelectuales, como afirma Shachtman, haciéndose eco de los estalinistas, sino de trabajadores de base. La oposición Zinóviev-Kámenev, a petición nuestra, reconoció en un documento especial que la oposición de 1923 estaba en lo correcto en todas las cuestiones fundamentales. Sin embargo, puesto que teníamos tradiciones distintas y estábamos lejos de ponernos de acuerdo en todo, nunca llegó a realizarse la fusión; ambos grupos siguieron siendo fracciones independientes. En ciertas cuestiones de importancia, es cierto, la oposición de 1923 hizo concesiones de principio a la oposición de 1926 (en contra de mi voto), concesiones que consideré y considero aún como inadmisibles. La circunstancia de que no protestase abiertamente contra estas concesiones fue más bien un error. Pero generalmente no había mucho lugar para protestas públicas, ya que trabajábamos ilegalmente. En cualquier caso, ambos campos quedaron ‘bien enterados de mis opiniones sobre las cuestiones polémicas. Dentro de la oposición de 1923, novecientos noventa y nueve por mil, si no más, apoyaron mi punto de vista, y no el de Zinóviev o el de Radek. Con semejante relación entre los dos grupos dentro del bloque, pudo haber este o aquel error parcial, pero no hubo nada parecido al aventurerismo.

Con Shachtman, el caso es completamente distinto. ¿Quién estaba en lo cierto en el pasado, y precisamente cuándo y dónde? ¿Por qué estuvo primero Shachtman con Abern, después con Cannon, y ahora de nuevo con Abern? La propia explicación de Shachtman respecto a las amargas luchas fraccionales pasadas es digna no de una figura política responsable, sino de una niñera: “Juanito se equivocó un poquito, Max otro poquito, todos un poquito y, ahora, todos estamos un poquito en lo justo.” ¿Quién estaba en un error, y en qué? ni una palabra de esto. La tradición no existe. El ayer ha sido borrado de los cálculos, y ¿cuál es la razón de todo esto? Es porque en el organismo del partido, el camarada Shachtman desempeña el papel de un riñón flotante.

En busca de analogías históricas, Shachtman huye de un ejemplo que realmente sí tiene parecido con su actual bloque. Pienso en el llamado bloque de agosto de 1912²⁰. Yo participé activamente en este bloque. En cierto modo, yo le di nacimiento. Políticamente, yo difería de los mencheviques en todas las cuestiones fundamentales. También difería de los bolcheviques ultraizquierdistas, de los miembros del grupo “Vperiod”. En la tendencia política general, me encontraba mucho más cerca de los bolcheviques. Pero estaba contra el “régimen” leninista porque todavía no había aprendido a comprender que a fin de realizar la meta revolucionaria, es indispensable un partido centralizado, firmemente unido. Y así formé este bloque episódico, compuesto de elementos heterogéneos que estaba dirigido contra el ala proletaria del partido.

En el bloque de agosto los liquidadores tenían su propia fracción. Yo me mantuve aislado, tenía a quienes pensaban como yo, pero no una fracción. Muchos de los documentos fueron escritos por mí, y mediante la elusión de las diferencias de principio,

cuya base teórica es la condena del socialismo en un solo país [ver en esta misma serie [Plataforma de la Oposición Conjunta](#). EIS] a dos fracciones que coexistían, la de Trotsky y la de Zinóviev y Kámenev. EDI.

²⁰ En enero de 1912 Lenin reunió en Praga una conferencia de la fracción bolchevique que se reclamó “Partido Obrero Socialdemócrata Ruso” y eligió a su comité central. El principal motivo de esta proclamación fue el rechazo de las otras corrientes a romper con los liquidadores, es decir con el ala de los mencheviques que querían liquidar el trabajo ilegal en beneficio del trabajo legal únicamente. Esas otras corrientes constituyeron un Comité de Organización que intentó reunir a todas las fuerzas de la socialdemocracia rusa frente a los bolcheviques. Trotsky, partidario entonces de un partido amplio, abierto a todas las corrientes, hizo de cuña obrera de este intento de agrupamiento que recibió el nombre de “Bloque de Agosto” porque se materializó en una conferencia celebrada en agosto de 1912, en Viena, bajo la presidencia de Trotsky. El Bloque de Agosto se desintegró en los meses siguientes. Lenin atacó entonces violentamente este “Bloque de Agosto” y a Trotsky, que, después de 1917 juzgaría severamente este aspecto de su propia política anterior. EDI.

tenían por objeto la creación de una apariencia de unanimidad respecto a las “cuestiones políticas concretas”. ¡Ni una palabra sobre el pasado! Lenin sometió al bloque de agosto a una crítica sin piedad, y los golpes más rigurosos cayeron en mi huerto. Lenin demostró que tanto más cuanto que yo no me había puesto de acuerdo ni con los mencheviques ni con los miembros del grupo “Vperiod, mi política era aventurerismo. Esto fue severo, pero cierto.

Como “circunstancia atenuante” permítaseme mencionar el hecho de que yo me había fijado como tarea, no el apoyar a la fracción derechista o ultraizquierdista contra los bolcheviques, sino la de unir al partido en su conjunto. Los bolcheviques también fueron invitados a la conferencia de agosto. Pero como Lenin rehusó de plano unirse con los mencheviques (en lo que estaba completamente acertado), me vi colocado en un bloque artificial, con los mencheviques y los miembros del grupo “Vperiod”. La segunda circunstancia atenuante es que el fenómeno mismo del bolchevismo, como verdadero partido revolucionario, se desarrollaba entonces por primera vez; en la práctica de la Segunda Internacional no existían antecedentes. Pero no trato por ese medio de absolverme en lo más mínimo de culpa. No obstante, la concepción de la revolución permanente, que revelaba indudablemente la perspectiva correcta, no me había liberado en aquella época, especialmente en la esfera organizativa, de los rasgos del revolucionario pequeñoburgués. Estaba enfermo de la enfermedad del conciliacionismo hacia el menchevismo, y de una actitud desconfiada hacia el centralismo leninista. Inmediatamente después de la conferencia de agosto, el bloque comenzó a desintegrarse en sus partes componentes. A los pocos meses, yo estaba fuera del bloque, no sólo en materia de principios, sino organizativamente.

Hoy dirijo a Shachtman el mismo reproche que Lenin me dirigió hace 27 años: “Su bloque carece de principios”. “Su política es aventurerismo”. De todo corazón, expreso la esperanza de que, de estas acusaciones, Shachtman extraiga las mismas conclusiones que una vez extraje yo.

Las fracciones en lucha

Shachtman se sorprende de que Trotsky, “el líder de la oposición de 1923”, sea capaz de apoyar a la fracción burocrática de Cannon. En esto, como en la cuestión del control obrero, Shachtman revela de nuevo su falta de tacto para la perspectiva histórica. Exactamente, para justificar su dictadura, la burocracia soviética explotó los principios del centralismo bolchevique, pero en el proceso real, los transformó en su justo contrario. Esto, sin embargo, no desacredita en lo más mínimo los métodos del bolchevismo. Durante un período de muchos años, Lenin educó al partido en el espíritu de la disciplina proletaria y de un severo centralismo. Mientras lo hacía, sufrió muchas veces el ataque de las fracciones y de las camarillas pequeñoburguesas. El centralismo bolchevique fue un factor profundamente progresivo que aseguró en última instancia el triunfo de la revolución. No es difícil comprender que la lucha de la actual oposición en el seno del Socialist Workers Party nada tiene en común con la lucha de la oposición rusa de 1923 contra la privilegiada casta burocrática; pero sí tiene, en cambio, un gran parecido con la lucha de los mencheviques en contra del centralismo bolchevique.

Según la oposición, Cannon y su grupo son “expresión de un tipo de política que podría muy bien describirse como conservadurismo burocrático”. ¿Qué quiere decir esto? La dominación de una burocracia obrera conservadora, copartícipe en los beneficios de la burguesía nacional, sería inconcebible sin el apoyo directo o indirecto del estado capitalista. El gobierno de la burocracia estalinista sería inconcebible sin la GPU, el ejército, los tribunales, etc. La burocracia soviética apoya a Stalin, precisamente porque es el burócrata que defiende sus intereses mejor que ningún otro. La burocracia sindical

apoya a Green y Lewis²¹ precisamente porque sus vicios, como burócratas diestros y hábiles, salvaguardan los intereses materiales de la aristocracia obrera. ¿Sobre qué bases se apoya el conservadurismo burocrático” del SWP? Es evidente que no es sobre intereses materiales, sino en una selección de tipos burocráticos, en contraste con otro sector donde se han reunido los espíritus dinámicos, innovadores e iniciadores. La oposición no señala ningún objetivo, como, por ejemplo, las bases sociales del “conservadurismo burocrático”. Todo se reduce a pura psicología. En tales condiciones, todo obrero que piense dirá: es posible que el camarada Cannon realmente peque en lo referente a sus tendencias burocráticas (me es difícil juzgar desde lejos), pero si la mayoría del comité nacional y de todo el partido, que en modo alguno está interesada en “privilegios” burocráticos, apoya a Cannon, lo hace, no en razón de sus tendencias burocráticas, sino a pesar de ellas. Esto significa que él tiene otras virtudes que contrapesan largamente sus defectos personales. Eso es lo que dirá un miembro serio del partido. Y, en mi opinión, estará en lo justo.

Para probar sus quejas y acusaciones, los líderes de la oposición sacan a luz anécdotas y episodios que pueden contarse por centenares y por miles en todo partido, y que, además, son imposibles de verificar objetivamente en la mayor parte de los casos. La indulgencia está muy lejos de mí cuando critico la sección historietas de los documentos de la oposición. Pero hay un episodio sobre el que quiero expresarme como testigo y participante. Los líderes de la oposición refieren muy arrogantemente la facilidad con que Cannon y su grupo aceptó, presumiblemente sin crítica y sin deliberación, el programa de reivindicaciones transitorias²². He aquí lo que escribí al camarada Cannon el 15 de abril de 1938²³, en lo que respecta a la elaboración de este programa:

“Le hemos enviado el proyecto del programa de transición y una breve declaración sobre el partido obrero. Sin la visita de ustedes a México nunca hubiera podido escribir el proyecto de programa, porque durante las discusiones aprendí muchas cosas importantes que me permitieron ser más explícito y concreto...”

Shachtman conoce perfectamente estas circunstancias ya que él fue uno de los que tomaron parte en la discusión.

Los rumores, las especulaciones personales y los simples chismes no sirven para nada, pero ocupan un sitio importante en los círculos pequeñoburgueses, en donde las personas están unidas, no por ligámenes de partido, sino por relaciones personales, y donde no se ha adquirido el hábito de un examen clasista de los acontecimientos. De boca en boca ha pasado el hecho de que he sido visitado exclusivamente por representantes de la mayoría y que se me ha llevado fuera de la senda de la verdad. ¡Mis queridos camaradas, no creáis esta insensatez! Yo obtengo información política por los mismos métodos que uso generalmente en mi trabajo. Una actitud crítica con respecto a la información es parte orgánica de la fisonomía política de todo político. Si yo fuese incapaz de distinguir las comunicaciones falsas de las verdaderas, ¿qué valor podrían tener mis juicios en general?

²¹ John Lewis (1880-1971), presidente del sindicato de mineros, uno de los fundadores del Congress of Industrial Organisations (CIO). Agrupamiento de los sindicatos más combativos de la AFL, de la que la CIO fue expulsada en agosto de 1936 por los dirigentes de aquella. En 1942, John Lewis, tras haber llevado a cabo una vigorosa campaña en 1939-1940 contra la entrada de los USA en la guerra, coqueteó contra Roosevelt con el ala aislacionista del Partido Republicano, hizo salir al sindicato de mineros de la CIO. EDI.

²² Ver en estas mismas OELT-EIS: [El Programa de Transición. La agonía del capitalismo y las tareas de la Cuarta Internacional \(y anexos\)](#).

²³ Ver en [Escritos, Tomo IX, Volumen 2](#), página 133 y siguientes del formato pdf en nuestra serie: [Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma](#).

Conozco personalmente a no menos de veinte miembros de la fracción de Abern. Hacia algunos de ellos me siento obligado por su amistosa ayuda en mi labor, y los considero a todos, o a casi todos, como valiosos miembros del partido. Pero debo decir al mismo tiempo que lo que los distingue a uno de otro en mayor o menor grado es la aureola de medio pequeñoburgués, la falta de experiencia en la lucha de clases y, en cierta medida, la falta del contacto indispensable con el movimiento proletario. Sus rasgos positivos los ligan a la Cuarta Internacional. Sus rasgos negativos los atan a la más conservadora de todas las fracciones.

“Se inculca una actitud antiintelectual y antiintelectuales en las mentes de los miembros del partido”, se queja el documento sobre el “Conservadurismo burocrático” (*International Bulletin*, Vol. 2, N.º 6, enero de 1940, pág. 12). Este argumento está traído por los pelos. Los intelectuales que están en tela de juicio no son aquellos que se han pasado completamente al lado del proletariado, sino aquellos elementos que tratan de llevar a nuestro partido a la posición del eclecticismo pequeñoburgués. Este mismo documento declara: “Se hace propaganda contra la sección de Nueva York que, en el fondo, se alimenta de prejuicios no siempre saludables” (ídem). ¿A qué prejuicios se alude aquí? Aparentemente al antisemitismo. Si en nuestro partido existen prejuicios antisemitas u otros prejuicios raciales, es necesario librar una implacable lucha contra ellos mediante ataques abiertos y no a través de vagas insinuaciones. Pero la cuestión de los intelectuales y semiintelectuales judíos de Nueva York es una cuestión *social y nacional*. En Nueva York hay gran cantidad de proletarios judíos, pero la fracción de Abern no está formada por ellos. Los elementos pequeñoburgueses de esta fracción se han demostrado incapaces hasta ahora de encontrar el camino hacia los obreros judíos. Se sienten satisfechos con su propio medio.

Ha habido más de un ejemplo en la historia (dicho sea con más precisión: no ha ocurrido de otra manera en la historia) de que en la transición del partido de un período al siguiente, aquellos elementos que jugaron un papel progresivo en el pasado, pero que demostraron ser incapaces de adaptarse con tiempo a las nuevas tareas, se han unido entre sí frente al peligro y han revelado casi exclusivamente sus rasgos negativos, y no los positivos. Ese es precisamente el actual papel de la fracción de Abern, en la que Shachtman juega el papel de periodista y Burnham el papel de consejo de expertos teóricos. “Cannon sabe [insiste Shachtman] cuán falso es introducir en la actual discusión la “cuestión Abern”. Él sabe lo que todo dirigente informado del partido, y muchos miembros, saben, a saber, que durante los varios años pasados, al menos no ha existido ninguna cosa tal como un “grupo Abern.”” Me tomo la libertad de señalar que si alguien está aquí desfigurando la realidad no es otro que el mismo Shachtman. He estado siguiendo el desarrollo de las relaciones internas de la sección americana durante casi diez años. La composición específica y el papel especial jugado por la organización de Nueva York, fue evidente para mí antes que ninguna otra cosa. Shachtman tal vez recordará que, cuando yo aún estaba en Prinkipo, aconsejé al comité nacional que se trasladara de Nueva York y de su atmósfera de disputas pequeñoburguesas durante algún tiempo a algún centro industrial de provincias. Después de mi llegada a México, tuve oportunidad de conocer mejor el idioma inglés y, gracias a muchas visitas de mis amigos del norte, de llegar a una descripción más viva de la composición social y de la psicología política de los distintos grupos. Sobre la base de mis propias observaciones personales inmediatas durante los pasados tres años, puedo afirmar que la fracción Abern ha existido ininterrumpidamente, sino “dinámicamente”, al menos estáticamente.

Los miembros de la fracción Abern son fácilmente reconocibles para el que tenga cierta dosis de experiencia política, no sólo por sus rasgos sociales sino por su enfoque de todas las cuestiones. Estos camaradas siempre han negado formalmente la existencia

de su fracción. Hubo un período en que algunos de ellos trataron realmente de integrarse en el partido. Pero intentaron esto violentándose a sí mismos, y en todas las cuestiones críticas entraron en relación con el partido como grupo. Les interesaban mucho más las combinaciones en la cumbre, los conflictos personales y las incidencias acostumbradas del “estado mayor” que las cuestiones de principios, en particular, la cuestión de cambiar la composición social del partido. Esta es la escuela de Abern. Yo advertí insistentemente a muchos de estos camaradas que el empaparse de esta existencia artificial, los llevaría infaliblemente, tarde o temprano, a una nueva explosión fraccional.

Los líderes de la oposición hablan irónica y desdeñosamente de la composición proletaria de la fracción de Cannon; a sus ojos, este “detalle” incidental carece de importancia. ¿Qué es esto si no desdén pequeñoburgués combinado con ceguera? En el Segundo Congreso de los socialdemócratas rusos, en 1903, en el que se produjo la escisión entre los bolcheviques y los mencheviques, sólo había tres obreros entre varias decenas de delegados. Los tres se pasaron a la mayoría. Los mencheviques se mofaron de Lenin porque atribuía a este hecho una gran importancia sintomática. Los mismos mencheviques explicaron la posición de los tres trabajadores por su falta de “madurez”. Pero, como es sabido, fue Lenin quien resultó estar en lo justo.

Si la sección proletaria de nuestro partido americano es “políticamente atrasada”, entonces la primera tarea de los “avanzados” debía haber consistido en elevar a los trabajadores a un nivel superior. ¿Pero por qué ha fracasado la actual oposición en encontrar su camino hacia estos trabajadores? ¿Por qué dejó que esta labor la hiciera la “camarilla de Cannon”? ¿Qué es lo que hay en todo esto? ¿No son suficientemente buenos los obreros para la oposición? ¿O es que la oposición no convence a los obreros?

Sería una imbecilidad pensar que la sección obrera del partido es perfecta. Los obreros sólo alcanzan gradualmente una clara, conciencia de clase. Los sindicatos siempre crean un caldo de cultivo para las desviaciones oportunistas. Inevitablemente, nos referiremos a esta cuestión en una de las próximas etapas. Más de una vez el partido tendrá que recordar a sus propios sindicalistas que una *adaptación pedagógica a las capas más atrasadas del proletariado no debe transformarse en una adaptación política a la burocracia conservadora de los sindicatos*. Toda nueva etapa de desarrollo, todo aumento en las filas partidarias y la complicación de los métodos de su trabajo, no solamente abre nuevas posibilidades, sino también nuevos peligros. Los obreros en los sindicatos, aun aquellos educados en la escuela más revolucionaria, a menudo desarrollan una tendencia a liberarse del control del partido. Actualmente, sin embargo, en modo alguno se trata de esto. Actualmente, la oposición no proletaria, arrastrando tras de sí a la mayoría de la juventud no proletaria, está tratando de revisar nuestra teoría, nuestro programa, nuestra tradición; y hace todo esto frívolamente y, dicho sea de paso, para mayor utilidad en la lucha contra la “camarilla de Cannon”. Actualmente, la falta de respeto por el partido no la muestran los sindicalistas, sino los opositores pequeñoburgueses. Precisamente a fin de impedir que los sindicalistas vuelvan las espaldas al partido, es necesario condenar decisivamente en el futuro a los opositores pequeñoburgueses.

Además, es inadmisibles olvidar que los errores posibles o reales de aquellos camaradas que trabajan en los sindicatos reflejan la presión del proletariado americano tal como es hoy. Esta es nuestra clase. Estamos dispuestos a no capitular ante su presión. Pero esta presión nos indica al mismo tiempo dónde está nuestra principal ruta histórica. Los errores de la oposición, por el contrario, reflejan la presión de otra clase extraña. La condición elemental de nuestros futuros éxitos está en la ruptura ideológica con esa clase.

Los razonamientos de la oposición con respecto a la juventud son falsos en extremo. Por supuesto, sin la conquista de la juventud proletaria el partido revolucionario no puede crecer. Pero la dificultad consiste en que tenemos una juventud casi enteramente

pequeñoburguesa y que tiene en grado considerable un pasado socialdemócrata, es decir, oportunista. Los dirigentes de esta juventud tienen indudables virtudes y condiciones, pero, ¡ay!, han sido educados en el espíritu del combinacionismo pequeñoburgués y, si no se los arranca de su medio habitual, si no se les envía sin sus altisonantes títulos a los barrios obreros a hacer el penoso trabajo cotidiano entre el proletariado, pueden perderse para siempre para el movimiento revolucionario. Con respecto a la juventud, como en todas las demás cuestiones, Shachtman ha tomado, desgraciadamente, una posición falsa hasta la médula.

¡Es hora de detenerse!

Hasta qué extremo el pensamiento de Shachtman, desde un punto de partida falso, ha llegado a degradarse, podemos verlo en el hecho de que describe mi posición como una defensa de la “camarilla de Cannon” y que insiste varias veces sobre el hecho de que en Francia yo apoyé también erróneamente a la “camarilla de Molinier”. Todo es reducido a mi apoyo a individuos aislados o a grupos, con entera independencia de sus programas. El ejemplo de Molinier viene a espesar aún más la niebla. Trataré de despejarla. Molinier fue acusado no de alejarse de nuestro programa, sino de ser indisciplinado, arbitrario y de lanzarse a toda clase de aventuras financieras para sostener al partido y su fracción. Puesto que Molinier es un hombre muy enérgico y tiene indiscutibles cualidades prácticas, me pareció necesario (no sólo en interés de Molinier, sino, sobre todo, en interés de la organización misma) agotar todas las posibilidades de convencerlo y reeducarlo en el espíritu de la disciplina proletaria. Puesto que muchos de sus adversarios poseían todos sus defectos y ningunas de sus virtudes, hice lo posible para convencerlos, no para precipitar una escisión, sino para probar a Molinier una y otra vez. Esto fue lo que constituyó mi “defensa de Molinier” en el período de adolescencia de nuestra sección francesa.

Al adoptar una actitud paciente hacia los camaradas disparatados o indisciplinados, y al hacer repetidos esfuerzos para reeducarlos en el espíritu revolucionario como algo absolutamente obligatorio, no apliqué estos métodos, de ninguna manera, únicamente a Molinier. Hice esfuerzos por atraer al partido y salvar a Kurt Landau²⁴, Field²⁵, Weisbord²⁶, al austríaco Frey²⁷, al francés Treint²⁸ y varios otros.

²⁴ Kurt Landau, llamado Wolf, llamado Spectator, comunista austríaco y redactor del periódico del partido en 1921, rompió en 1929 con el estalinismo, entró en la Oposición de Izquierda, que animó en Austria y Alemania. Miembro del Buró Internacional hasta 1931, fecha en la que rompió con el trotskismo. Emigrado a Francia organiza poco después el grupo “Que faire?” con André Ferrat y Georges Kagan. Desde esa época en relaciones con la oposición española, marchará a España en noviembre de 1936 y colaboró con *La Batalla*, órgano del POUM, donde polemizó con Trotsky y los trotskistas. Será arrestado en septiembre de 1937 por la GPU y asesinado. Trotsky lo había criticado severamente en un artículo del 16 de diciembre de 1932, “L’État et [sic] l’Opposition de gauche” [ver “La situación de la Oposición de Izquierda”, en [Escritos, Tomo IV, Volumen 1](#), página 24 y siguientes del formato pdf en nuestra serie Escritos de [León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma](#). EIS]. EDI.

²⁵ B.-J. Field, militante trotskista que asumió la dirección de la huelga del personal de los hoteles de Nueva York en 1933, se alejó de la organización trotskista durante el desarrollo de la huelga, entonces fue expulsado y constituyó un pequeño grupo, la Liga por un Partido Obrero Revolucionario, que tenía un periódico, el *Nuevo Boletín Internacional* y que vegetó hasta la guerra. EDI.

²⁶ Albert Weisbord, expulsado del partido comunista norteamericano en 1929, entró en la oposición de izquierda de Norteamérica (la Liga Comunista de Norteamérica), con la que rompió casi de inmediato, no estando de acuerdo con la orientación “propagandista” de la Liga en los inicios de su trabajo. Constituyó un grupo de una docena de miembros denominado La Liga Comunista de Combate”. EDI.

²⁷ Frey fue miembro de la Oposición de Izquierda en Austria, la que dirigió durante breve tiempo con Landau y abandonó junto con él. EDI.

²⁸ Albert Treint (1889), profesor, elegido al Comité Director del PCF en la escisión de Tours en diciembre de 1920. Miembro del ala izquierda, devino secretario general en 1923. Autor de la famosa fórmula según

En muchos casos, mis esfuerzos resultaron infructuosos; en unos cuantos, fue posible rescatar a valiosos camaradas.

En todo caso, no hice la menor concesión de principios a Molinier. Cuando él decidió fundar un periódico sobre la base de “cuatro consignas”, en lugar de nuestro programa, y dio pasos independientes para ejecutar su plan, yo estuve entre los que insistieron en su expulsión inmediata. Pero no quiero ocultar el hecho de que en el Congreso Fundacional de la Cuarta Internacional²⁹ estuve a favor nuevamente, una vez más, de que se probara a Molinier y a su grupo dentro de la estructura de la internacional, para ver si se habían convencido de lo erróneo de su política. Esta vez tampoco dio ningún resultado el intento. Sin embargo, no renuncié a repetirlo nuevamente y una vez más bajo condiciones adecuadas. Resulta muy curioso que entre los más encarnizados adversarios de Molinier hubiese gente como Vereecken y Sneevliet quienes, después de haber roto con la Cuarta Internacional, se unieron a él.

Algunos camaradas, después de conocer mis archivos, me han reprochado amistosamente el haber perdido y el continuar perdiendo mucho tiempo en convencer a “gente sin esperanza”. Les he respondido que muchas veces he tenido ocasión de observar cómo cambian las personas con las circunstancias y que, por lo tanto, no me apresuro a declararlas “sin esperanza” sobre la base de unos cuantos errores, por serios que sean.

Cuando me pareció claro que Shachtman estaba empujándose a sí mismo y a cierto sector del partido hacia un callejón sin salida, le escribí que, si estuviera en posibilidad de hacerlo, tomaría un avión y volaría a New York, a fin de discutir con él durante setenta y dos horas tendidas de una sola vez. Le pregunté si no quería hacer lo posible para reunirnos de alguna manera. Shachtman no contestó. Estaba en su pleno derecho. Es muy posible que aquellos camaradas que en el futuro se pongan en contacto con mis archivos, digan, también en este caso, que mi carta a Shachtman fue un paso en falso por mi parte y que citen este “error” mío en relación con mi exagerada insistencia en “defender” a Molinier. No me convencerán. Es una tarea extremadamente difícil la de formar una vanguardia proletaria internacional en las actuales condiciones. Correr tras los individuos a expensas de los principios sería, naturalmente, un crimen. Pero hacer todo lo posible por traer nuevamente a nuestro programa a destacados, aunque errados, camaradas, lo he considerado y sigo considerándolo mi deber.

De la misma discusión sobre los sindicatos, que Shachtman utilizó con tan evidente incongruencia, cito las palabras de Lenin, que Shachtman debería grabar en su mente: “Un error comienza siempre por ser pequeño, para crecer y hacerse mayor. Las divergencias siempre comienzan por bagatelas. Todo el mundo ha sufrido alguna vez una pequeña herida; pero si la pequeña herida se hubiera infectado, podría haberse producido una enfermedad mortal”. Así habló Lenin el 23 de enero de 1921³⁰. Es imposible no

la cual el Frente Único Obrero consiste en “desplumar a la gallina” socialista. Brazo derecho de Zinóviev en el PCF instauró en él la bolchevización. En 1926 se le aparta del comité director y toma posición por la oposición en 1927, expulsado del PCF. Trotsky intentó colaborar con él, pero no pudo hallar terreno para el entendimiento político. En 1934 entró en la SFIO al mismo tiempo que los trotskistas, pero separado de ellos. EDI.

²⁹ Ver materiales en los anexos al [Programa de Transición](#) editado en nuestras [OELT-EIS](#).

³⁰ Se trata de una cita del discurso pronunciado por Lenin durante la reunión de la fracción comunista en el Segundo Congreso del Sindicato de Mineros de Rusia. Condenando el hecho que “El carácter malsano del problema del papel y las tareas de los sindicatos se debe a que adquirió demasiado pronto la forma de una lucha fraccional”, precisando que “acusó al camarada Trotsky de ese apresuramiento y precipitación demasiado grandes”, afirmando que había confiado en no tener que intervenir en esta discusión “porque es perjudicial pelearse con Trotsky (causa gran perjuicio a la república, al partido y a todos nosotros)”, Lenin declaró que de allí en adelante era necesario poner en claro las cosas después del último folleto de Trotsky, “Insisto que un error comienza siempre por ser pequeño y luego se hace grande. Las discrepancias

cometer errores; algunos se equivocan muy frecuentemente, otros menos. El deber de un revolucionario proletario es no persistir en los errores, no colocar la ambición por encima de los intereses de la causa, sino saber detenerse a tiempo. ¡Es hora de que el camarada Shachtman se detenga! De otra manera, el rasguño, que ya se ha transformado en úlcera, puede llegar a la gangrena.

LEÓN TROTSKY.

24 de enero de 1940 Coyoacán, D. F.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: [Trotsky en internet y en castellano](#)



germinal_1917@yahoo.es

arrancan siempre de cosas pequeñas. Un rasguño no es nada extraordinario, pero si se infecta puede ser una enfermedad mortal.” *Obras Completas*, Tomo XXXIV, Akal Editor, Madrid, 1978, páginas 332-334. EDI.